
6768
MARIA
LA HIJA DE UN
ENDERO
ES ACTOS
ÓMICOS
DE
NTONIO
RNANDEZ
PINA

Cubierta

de

este

número:

Loreto Prado

y

Fernando Aguirre

en

una

escena

de

María, o la hija de un tendero



MARIA O LA HIJA DE UN TENDERO


MERLO

ANTONIO FERNANDEZ LEPINA

MARIA, O LA HIJA DE UN TENDERO

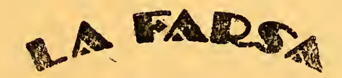
COMEDIA COMICA, EN TRES ACTOS,

ORIGINAL

Estrenada en el Teatro Cómico de Madrid,
el 21 de noviembre de 1931.

DIBUJOS DE
ANTONIO MERLO





AÑO VI ||| 30 DE ENERO DE 1932 ||| NUM. 209
MADRID

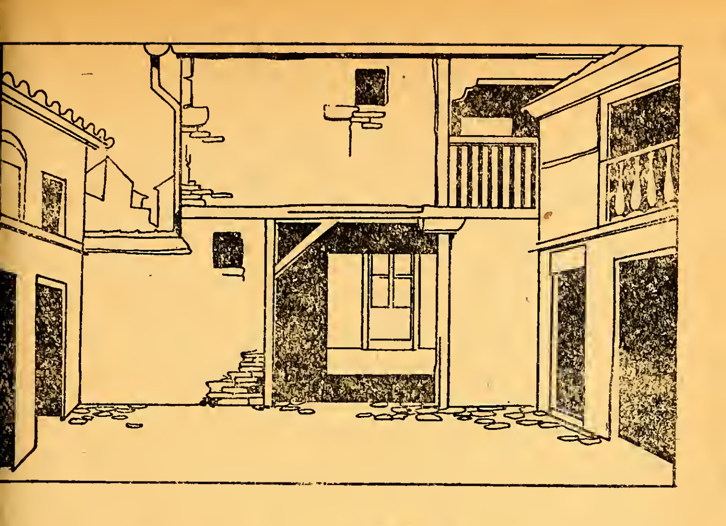
REPARTO

ACTO PRIMERO

PERSONAJES POR ORDEN DE APARICION EN ESCENA	ACTORES
Quiteria	Sra. Infiesta.
Greta López	Srta. Cid (E.)
Lía Guti	" Rodríguez (P.)
María	" Loreto Prado.
Pepa la Nadadora	" Luisa Melchor.
Señor Fabián	" Delgado.
Don Vale	Sr. Aguirre.
Doña Sole	Sra. Medero,

Vecinos y vecinas.

La acción en Madrid. Epoca actual.



ACTO PRIMERO

Patio de una casa de vecindad en un barrio popular de Madrid. Hay una puerta grande en el foro por la que se ve el portal y, al fondo, la calle. En este portal, que queda en último término, a la izquierda, puertecilla cortada, la parte inferior de madera y la superior de cristales, que da acceso a la portería por este lado. En la derecha se supone que está el arranque de la escalera de los cuartos exteriores. En el patio habrá, en la izquierda del foro, puerta sobre la que se lee *Portería.* Lateral derecha, puerta mayor con la indicación de *Interiores.* En el lateral izquierda, puerta de entrada al cuarto bajo número 1. Si las dimensiones del escenario lo permiten, puede haber indicadas en el decorado puertas de otros cuartos bajos. En la parte alta se verá la barandilla del corredor, que no necesita ser corpóreo. En el patio habrá una fuente. De día.

Aparece en escena la señora Quiteria, mujer de unos cincuenta años, portera de la finca, sentada en una silla baja delante de la puerta de la portería que da al patio, pelando patatas, que, cortadas, va echando en una cazuela y que a su tiempo lavará en la fuente.

QUITERIA. ¡María!... ¡Chica!... Espuma el puchero y ven por las patatas pa que las eches, que ya son las doce... (*Mira hacia arriba.*) ¡Señá Iznacia! ¿No tié usté otra

611714

hora pa sacudir el felpudo?... Me siento donde me da la gana... (*Nueva pausa.*) Al patio no se pué tirar nada... ¡Qué bonita contestación!... ¡Y usté más allá! (*Pausa.*)

(*Entran por el foro GRETA LOPEZ y LIA GUTI, dos muchachas muy monas y muy bien vestidas.*)

GRETA. (*En el portal, ante la portería.*) Señora Quiteria, ¿ha dejado la llave la chica?

QUITERIA. (*Sin moverse.*) Ahí está colgá.

GRETA. (*Entra en la portería por el portal y sale por el patio.*) ¿Ha venido alguien?

QUITERIA. Nadie, es decir, el casero nuevo.

LIA. ¿El casero nuevo? (*Entra directamente al patio.*)

QUITERIA. Por ahí anda con el maestro de obras.

GRETA. Pues dígale usted que suba a vernos.

QUITERIA. Tendré que decirle que baje, pues anda por el tejao.

LIA. Conviene darle coba para que no nos salga con que quiere cobrar los recibos que tiene usted en conserva.

QUITERIA. Es lo primero que me ha encargao.

GRETA. ¡Ay, qué tío más gracioso!

LIA. ¿No le ha dicho usted que el dueño anterior no nos cobraba?

QUITERIA. No le pagaban ustés, que no es lo mismo.

GRETA. Eso, allá cada cual.

QUITERIA. También es verdá.

LIA. Paco era muy castizo.

QUITERIA. Por castizo le han vendido la casa.

GRETA. ¿Es joven el casero nuevo?

QUITERIA. Si de pequeñito le llevaban al Prao, debemos haber jugao al corro juntos.

LIA. Nos ha dicho la Fabiana que parece un grullo, ¿es verdad?

QQUITERIA. ¡Ay, hija, de grullos y de grullas más entenderán ustés que yo!

GRETA. ¿Ha sido usted la que ha achagao? ¡Ay qué tía más graciosa!

LIA. Bueno, dígale usted que suba

GRETA. ¿No has oido que está en el tejao?

LIA. A ver si en vez de un grullo nos resulta un cigüeño.

QUITERIA. ¡Ay, qué niña más graciosa!

(*Greta y Lía entran en el portal y desaparecen por la derecha. María sale en este momento por la izquierda y las saluda.*)

MARIA. (*Es una muchacha de diez y seis o diez y ocho años, feúcha, desgalichada. Viene leyendo un ejemplar de teatro.*)

Siguiendo a Estrella vengo
y gran temor de hallar a Astolfo tengo
que Clotaldo desea
que no sepa quien soy, que no me vea,
porque dice que importa al honor mío,
y de Clotaldo fío...

QUITERIA. ¡Las patatas, chica!

MARIA. ¡Lagarto, lagarto! ¿No podía usted nombrarme otro vegetal cualquiera? Después de recordar las patatas, ni doña Margarita Xirgu se pone en situación.

QUITERIA. ¡Ay, mi madre, las pretensiones que tiene la niña! Que le tiren patatas... ¡Qué más quisiera yo!... En vez de perder el tiempo podías haberte peinao, que estás hecha una tarasca, y haber barrío el portal... ¡Toma! Echa eso al puchero y no hagas que me levante y te dé una tunda.

MARIA.

Con asombro de mirarte,
con admiración de oírte,
no sé qué pueda decirte
ni qué pueda preguntarte.

QUITERIA. Oye, rica, a mí no me tuteas tú ni en verso.

MARIA. Es de *La vida es sueño.*

QUITERIA. Es de muy mala educación. (*Levantándose.*) Y ya estás dejando eso (*le arrebata el ejemplar*) que estoy más harta de dramas que de judías estofás.

MARIA. (*Defendiendo el ejemplar,*) ¡Madre! No me lo rompa usted, que tengo que aprenderme el papel.

QUITERIA. ¡Trae, que lo hago trizas!

MARIA. ¡No! Rómpame usted antes la cabeza,

QUITERIA. Luego, Quiero empezar por el librote. ¡Suelta, arrastrá. (*Rompe el ejemplar.*)

(*Entra por el foro PEPA LA NADADORA, mujer de unos cincuenta años.*)

NADADORA. (*Interponiéndose.*) Vamos, señá Quiteria, deje usté a la chica, que la está usté consumiendo a fuerza de palos.

QUITERIA. ¡Pero si son ya cerca de las doce y hoy no la había tocao aún! Me tiene negra.

MARIA. Lo mismo digo.

QUITERIA. No barre, no friega, no me hace a derechas un mal recao, y perra que coge, perra que se gasta en ejemplares de teatro.

NADADORA. Déjela usté, que pué que tenga madera.

QUITERIA. Pué, porque su dichoso padre, que en paz descanse, como yo descanso dende que se murió, cogía ca tablón... Pero la madera de ésta la voy a convertir yo en astillas. ¡Maldita sea! Dende que se presentó al concurso, se me ha puesto de un modo...

NADADORA. Oye, guapa, eso no lo sabía yo. ¿Te has presentao a algún concurso de belleza?

QUITERIA. La han nombrao primera atriz de no sé qué Sociedaz.

MARIA. Primera actriz del cuadro artístico de la Sociedad deportiva, recreativa é instructiva Paradas y Jiménez.

QUITERIA. Y como tos los domingos echan un drama, pues aquí no hay tiempo más que pa estudiar papeles.

MARIA. Cada uno tié su vocación y no hay que contrariársela.

QUITERIA. ¡Ya te daría yo a ti vocación si fueses hija mía! Con el aquel de que una no tié autoridaz pa pegarlos, abusan de una, señá Pepa.

NADADORA. Éso pasa siempre.

QUITERIA. ¡Qué hubiera sido de ella si no estoy yo al morir su padre! Tres años tenía, señá Pepa, cuando me quedé viuda, vamos al decir. ¿Habré hecho algo por ella?

MARIA. (*Recogiendo los restos del ejemplar.*) Me ha destrozado "La vida". (*Mutis por la portería. Se lleva las patatas.*)

NADADORA. ¿No ha venío al cabo el casero nuevo?

QUITERIA. Sí. Hoy ha venido. Por arriba anda con el maestro de obras viendo las chapuzas que hay que hacer. Si quiere usted algo pídaselo. Es la mar de complaciente. A las del principal izquierda las empapela la sala y el pasillo y las blanquea la cocina. A la Ulogia la limpia toa la casa.

NADADORA. No la va a conocer.

QUITERIA. A don Fulgencio le pica la alcoba. Va a pintar la escalera, a revocar la fachada y decorar el portal, y a la Hilaria, que se ha quejao del mal olor, le va a poner inodoro.

NADADORA. ¡Ah, pues a mí también, que yo tengo i-si-doro! ¿Y quién es el casero?

QUITERIA. Un tal don Valeriano de la Osa.

NADADORA. ¡Anda la osa!

QUITERIA. Toas hemos hecho ese chiste.

NADADORA. Lo mío es exclamación natural... Estaría bueno que fuese... ¿Sabe usté si tie una tienda de comestibles?

QUITERIA. No sé.

NADADORA. En mis buenos tiempos, cuando aún era yo persona, cuando to Madrid me conocía por Pepa, la Nadadora, porque Leonard Parish, que el pobre era muy amigo mío, me contrató para una pantomima acuática, conocí a un tal Valeriano que tenía una tienda de comestibles en la calle de Fuencarral... ¡Y poco colao que estaba el tal Vale! Ni una sola noche faltaba al circo.

QUITERIA. ¿Y se bañaba usté toos los días?

NADADORA. Y dos veces los domingos.

QUITERIA. ¡Las cosas que tenemos que hacer los pobres pa ganar una peseta!

NADADORA. Era viudo, con un chico pequeño, y si no se atraviesa la cocinera de unos marqueses, que le engatusó con los ahorros que había hecho con la sisa, me le como la tienda, porque en mi vida he visto primo mayor.

QUITERIA. ¡Y ya habrá usté visto unos pocos!

NADADORA. ¡Figúrese usté!... Valeriano fué de los primeros, como quien dice. Cuando yo no tenía aún reputación. Después... Pero una no sabe aprovecharse. ¡Quién me iba a decir cuando tenía hasta abono de coche que me vería a la puerta del Casino dando coba para que me compren un décimo a los que hacían cola a la puerta de mi casa!...

QUITERIA. Pues no sé si el casero nuevo será el que la conoció a usted de nadadora... Yo le he visto dos veces na más; pero me parece un señor muy serio, muy formal.

NADADORA. ¡Anda, eso que tié que ver!... Voy a ver si me le encuentro por arriba. Hasta luego, señora Quiteria. (*Mutis por los interiores.*)

MARIA. (*Saliendo.*) ¿De qué pongo la sopa?

QUITERIA. Echa fideos.

MARIA. No quedan.

QUITERIA. Pues pon arroz.

MARIA. Se tarda mucho, y la lumbre no está muy allá.

QUITERIA. Pues pon rayos coronados.

MARIA. Ahora sólo hay con gorro frigio.

QUITERIA. ¡Que bonita manera de contestar a los mayores!... ¡Toma! (*La da dinero.*) Tráete el pan, el vino, media docena de naranjas... Sobran dos reales... De la tienda te trães la sopa que quieras.

MARIA. Eche usted un vistazo, que he puesto la verdura a rehogar. (*Mutis por la portería para salir en seguida por el portal y hacer mutis por el foro, con la bolsa de la compra.*)

SR. FABIAN. (*Saliendo con DON VALE de los cuartos interiores. el SEÑOR FABIAN es un maestro de obras modesto, y don Valeriano un tendero de ultramarinos en muy buena posición. Es un hombre sencillo, bondadoso, cachazudo. Representa unos cincuenta y cinco años. Viste decentemente, sin lujos.*) Pues si le hace usté también a ese inquilino lo que pide, son... (*Consulta una nota*): nueve cocinas, diez y nueve alcobas, el blanqueo de los corredores, la pintura de la escalera, los inodoros, las cuatro pilas, lo del tejao, el portal, la fachada (*cuenta*), ciento veintidós y ocho, ciento treinta..., cuarenta y veinte, sesenta... Yo le había dicho a usté antes que unas siete mil pesetas, pero va a salir por más de doce... Digo, ya lo creo, y como venga usté otro día...

D. VALE. Hay que reconocer que los inquilinos no piden gollerías. La casa está muy descuidada.

SR. FABIAN. Verá usted cómo está dentro de tres meses. ¡Buena es la gente que vive aquí! No hay cultura cívica, señor, no hay cultura cívica.

D. VALE. Cuando todo esté limpio tendrán más cuidado. (*A Quiteria, que se ha levantado y se muestra muy solícita.*) Me dijo usted que tenía unos recibos atrasados...

QUITERIA. Sí, señor, y no es porque una se descuide, se lo puede usté preguntar al sargento Hilario, el que era administrador del señorito Paco, que cuando él no podía con un inquilino me echaba a mi..., pero los hay como el del tercero, que cuando ya se ha cansao una de decirles e insultarles y está dispuesta a to,

se le meten a una en la cama, ¿y qué pué hacer una entonces?

SR. FABIAN. Señora, a mí no me haga usté preguntas difíciles.

D. VALE. Explique el equívoco. (*Al señor Fabián.*) Debe referirse al de las goteras, al que tiene sobre la cama el paraguas tan enorme.

QUITERIA. ¡Ese! Como ya se veía encima el encuentro personal conmigo y el desahucio, va, y al recibir la citación, se mete en la cama.

D. VALE. ¿Por enfermedad?

QUITERIA. Por viveza. Pero yo voy y me digo. ¿Dices que ties gota? Pues vas a tener ducha, y desde la ventana de la escalera me lié a arrancar tejas y me quedé sola. Al día siguiente llovía en la alcoba como en la calle.

SR. FABIAN. ¡Tiene gracia!

D. VALE. Esos procedimientos no los apruebo yo. ¡Pobre hombre!

QUITERIA. ¡Ladrón! Le compró el paraguas al hombre anuncio que vive en el siete, y me mandó a decir que como él es hidalgo no le asustaban las goteras. También tengo los recibos de esas del principal. Nada menos que seis.

D. VALE ¡Ah, sí! Lía Guti y Greta López. Las cineastas.

QUITERIA. Rosalía Gutiérrez y Margarita López. Pero ¿qué dice usté que son?

D. VALE. Cineastas. Que trabajan en el cine.

QUITERIA. En el cine y donde se presenta. Pero no sabía yo que a ésas las llamaban así.

SR. FABIAN. No hay cultura cívica.

D. VALE. Me han prometido pagar en tres plazos.

QUITERIA. Sí; tarde, mal y nunca. ¿Es verdá que a la pensionista del tercero le ha rebajao usté tres duros?

D. VALE. Sí, ¡pobre! Una viuda con cinco hijos...

QUITERIA. Dos le dejó su marido; pero ella se ha olvidao de que es de clases pasivas.

D. VALE. También le he rebajado diez pesetas a la peinadora.

QUITERIA. A esa es justo, porque con lo del pelo cortao está en la ruina.

D. VALE. Por eso nos decía que era víctima del progreso.

QUITERIA. Y tanto. El suegro, cochero; el marido, pianista de cine; la hija, de la fábrica de cerillas, y el hijo, sombrerero, ¡una ruina!

D. VALE. Si quiere usted vamos ahí al bar a tomar una caña y me hace usted un cálculo aproximado de las obras. Tengo que esperar a mi señora, que ha quedado en venir al cerrar la tienda.

SR. FABIAN. Como usted quiera

D. VALE. Hasta luego.

QUITERIA. Vayan ustedes con Dios. (*Sale acompañándolos hasta la puerta de la calle.*)

MARIA. (*Al volver Quiteria al patio, sale de la portería, a la que entró poco antes por el portal.*) ¿Pongo la mesa en el comedor de invierno o en el de verano?

QUITERIA. Ponla aquí, que se ensucia menos. (*María saca una mesita baja y la coloca delante de la puerta de la portería. Extiende luego el mantel, saca los platos y cubiertos, la botella del vino, etc., etc.*)

MARIA. ¿Era ese el casero nuevo?

QUITERIA. Me parece un infeliz. Va a hacer to lo que le piden los inquilinos. A ver si pone ascensor y calefacción.

MARIA. La estoy viendo a usted con levitón y gorra de plato

QUITERIA. Ha rebajao los cuartos, no tié prisa pa cobrar... Te digo que es un pasmao. Se conoce que en su vida ha tenío una casa... ¡Y pa esto se mata una a bregar con los inquilinos!

MARIA. (*Que sigue preparando la mesa.*) Puede que sea un filántropo.

QUITERIA. Pues si tié eso que dices, que se ponga en cura y no la quite a una la autoridaz.

MARIA. La sopa.

QUITERIA. ¿De qué la has puesto?

MARIA. De letras.

QUITERIA. Tú, siempre tan ilustrá... Pero, oye, ¡esto es engrudo!

MARIA. ¿Se me ha pasado?

QUITERIA. Y se te ha pegao.

MARIA. A mí, todo lo que sea letras se me pega en seguida.

QUITERIA. ¿Te vas a chunguear aún? ¡Arrastrá! ¡Maldita sea la hora en que me hice cargo de ti! ¡Toma, perra!

NADADORA. (*Saliendo.*) Que aproveche.

MARIA. Muchas gracias. Ha sido usted muy oportuna.

NADADORA. ¿Hasta comiendo pega usted a la chica?

QUITERIA. Y la debía matar.

NADADORA. ¿Qué ha sío?

MARIA. — Que me está protestando unas letras... Unas letras que se me han pegado.

NADADORA. — Vamos, déjela usté.

QUITERIA. — Echa el cocido, a ver si ha pasao igual con los gabrieles.

NADADORA. — Le digo que no riña usté a la chica, que pué que nos sirva pa mucho.

QUITERIA. — ¿Esta? ¡Como no sea pa hacer comedias!...

NADADORA. — Ahi, ahi le duele.

MARIA. — (*Se palpa.*) ¿A dónde?

NADADORA. — Déjenme ustés que me explique... Le he visto. Es el mismo. Mi Vale. Muy cambio, pero él mismo.

QUITERIA. — ¿El casero?

NADADORA. — ¡Parece mentira lo que se desfiguran las personas!

QUITERIA. — Eso dirá él también si la recuerda a usté de nadadora.

MARIA. — ¿Usted ha nadado?

NADADORA. — Sí, hija, y sin guardar la ropa.

MARIA. — ¡Vaya sustos que se llevarían los peces!

QUITERIA. — ¿Te quiés callar, chica? Siga usté, que estoy intrigá.

NADADORA. — Pues como yo conozco a los hombres y sé lo que puen dar de sí, he pensao que si me hago la encontradiza con él no voy a conseguir más que una rebaja en el cuarto y un par de machacantes, porque éste, aunque un primo en el fondo, es de los que hay que darles en el codo pa que abran la mano. Pero en cambio, tenía un corazón que no le cabía en el pecho.

QUITERIA. — Y le conserva, por lo que he podido observar.

NADADORA. — A mí, lo que me hace falta es una renta vitalicia pa quitarme del aperreo de vender décimos.

QUITERIA. — Me paece que pide usté mucho.

MARIA. — Pero, ¿quieren ustedes explicarse? Porque estoy en ayunas.

QUITERIA. — Oye, rica, ¿qué necesitas pa desayunarte? Porque con el pretexto de la conversación te estás inflando.

NADADORA. — Ten paciencia y sigue con los picudos, que ahora verás lo que se me ha ocurrido... Cuando Vale me plantó porque se hizo novio de la cocinera, yo, pa ver si volvía, le escribí diciéndole que me había dejado... Vamos, ustés ya me entienden.

MARIA. — Sí, ya; como para no poder apretarse el corsé.

QUITERIA. — ¿Y él qué dijo?

NADADORA. Se hizo el loco. Yo, poco después, mi fuí a Portugal, y cuando volví ya se había casao.

MARIA. Ahora voy a salir yo a escena, ¿no?

NADADORA. ¿Cómo lo has adivinao?

MARIA. ¡He leído tantas comedias! Me puede usted dar la entrada cuando quiera.

QUITERIA. Ahora soy yo la que no se entera.

NADADORA. Pues es muy sencillo. Le voy a decir a Vale que esta es hija suya... ¿No la habrá visto aquí?

QUITERIA. No.

NADADORA. Pues al pelo. Con el corazón que tiene, lo menos la da mil pesetas.

QUITERIA. De las que quinientas, por lo menos, serán pa mí.

MARIA. ¡Ya se siente usted madre de primera actriz!

NADADORA. De eso, ya hablaremos. Luego, si pica, que sí que picará, cuando usté o yo tengamos un apuro, se presenta la chica a llorar en la tienda...

MARIA. A eso le llamamos en el teatro hacer un bolo.

QUITERIA. Pero, ¿y si la ve en la portería?

MARIA. Decimos que como andamos muy mal mamá y yo me he puesto a servir.

QUITERIA. ¿Y usté cree que ese señor se tragará la bola de que la chica es suya?

NADADORA. ¡Más fijo!... ¿No le he dicho a usted que cuando me dejó le escribí diciéndole que estaba en camino? Es un padrazo. Antes de conocerme a mí tuvo un chico con una de su pueblo y se casó con ella en artículo que te moris, para quedarse con él. Su ilusión era tener una niña. ¡Me lo ha dicho más veces!...

QUITERIA. Pues por mí, si ésta quiere...

MARIA. ¿Yo? ¡Pues pocas ganas que tengo de demostrarle a usted que soy una trágica! (*A la Nadadora.*) Porque supongo que me dejará usted que lo tome en dramático, que es mi cuerda.

NADADORA. Eso, como tú quieras.

MARIA. (*Comienza a recoger los platos, pues han terminado de comer.*) Póngame usted en antecedentes para conocer a fondo el argumento y aprenderme mi papel.

NADADORA. Es verdad.

QUITERIA. Pues súbala usté a su casa, porque el padre de la criatura ha quedao en volver.

NADADORA. Anda.

QUITERIA. Yo recogeré los cacharros... ¿Y los dos reales que te han sobrao?

MARIA. Los he empleado en los entremeses.

QUITERIA. Pero, ¿hemos tenío entremeses? ¡Y yo que no me he enterao!

MARIA. En "Los chorros del oro" y "La real gana", que vamos a poner con "La capilla de Lanuza".

QUITERIA. ¡Maldita sea! ¡La mato!...

NADADORA. Vamos, déjela usté, que ahora va a ganarle el primer sueldo como actriz.

MARIA. Y si me da usted malos tratos, me despido y me voy con mi mamá. (*Mutis con la Nadadora por la derecha.*

Quiteria termina de recoger los platos y hace mutis por la portería.

Entra por el foro DOÑA SOLE, la esposa de don Vale. Es una mujer cincuentona, pero bien conservada, frescota. Viste presuntuosamente. Su carácter es la antítesis del de su marido. Resuelta, dominadora, sin el menor escrúpulo cuando se trata de ganar una peseta, no tiene límite en sus ambiciones. Es el alma del negocio. Al entrar se detiene en el portal y examina con atención el arranque de la escalera de los exteriores.)

D.ª SOLE. ¡Portera! (*Quiteria no acude, pues se halla en el patio recogiendo la mesita y la silla que sacó María.*) ¡Portera! (*Espera un poco y pasa al patio. Quiteria ha entrado en la portería. Ella se dirige hacia la escalera de los interiores directamente.*) ¡¡Portera!!

QUITERIA. ¡Ya voy! (*Sale.*)

D.ª SOLE. ¿Es usted sorda?

QUITERIA. Y muda.

D.ª SOLE. También es desgracia para una portera.

QUITERIA. Bueno, ¿qué se le ha roto a usté?

D.ª SOLE. ¡Que amabilidad!... ¿Está don Valeriano, el nuevo propietario?

QUITERIA. (¡Ay, la panocha, que me he colao!) ¡Ah, don Valeriano! Hoy le he conocido. ¡Qué señor más simpático! Si todos los caseros fueran como él, sobraba el decreto de alquileres.

D.ª SOLE. ¡Lo creo! ¿A que ha rebajado los cuartos?

QUITERIA. Sí, señora. Es un bendito.

D.ª SOLE. Y le ha recomendado a usted que sea muy amable con los inquilinos.

QUITERIA. Eso, no hacía falta. Yo soy la amabilidad misma.

D.ª SOLE. No lo creo.

QUITERIA. ¡Ah, no lo sabe usted muy bien!, soy de mazapán.

D.ª SOLE. Pues yo, que soy la casera, necesito que sea usted de cemento armado.

QUITERIA. ¿Cómo?

D.ª SOLE. Que haga usted andar de cabeza a los inquilinos, que no les deje pasar nada y que procure se muden los que tienen los cuartos regalados.

QUITERIA. ¡Ah, sí, sí! (Con esta señora no sabe una cómo acertar.)

(*Entran por el foro DON VALE y el SEÑOR FABIAN.*)

D. VALE. Hola, ¿estás aquí ya? ¿Has visto la casa? ¿Qué te parece?

D.ª SOLE. Una birria. Esto no vale cuarenta mil duros.

D. VALE. (*Bajo.*) Pero, mujer, si nos ha salido por poco más de la mitad.

D.ª SOLE. ¿Y eso qué tiene que ver? Martínez te había dicho que valía cuarenta mil. Cuando no se tiene capricho se espera la ganga.

D. VALE. Yo creo que lo es. Al dinero que hemos empleado le vamos a sacar el diez por ciento.

D.ª SOLE. Tú siempre serás tonto. ¿Por eso te has apresurado a rebajar los cuartos?

D. VALE. Mujer, yo...

D.ª SOLE. (*A Quiteria.*) Puede usted decir a los inquilinos que mi esposo se ha equivocado, y que el alquiler que se pueda subir se subirá.

QUITERIA. ¡Muy bien!

D.ª SOLE. Y el que no esté conforme, que se vaya.

QUITERIA. De eso me encargo yo. Usted es la casera que yo necesitaba.

SR. FABIAN. Por lo que estoy viendo, me parece que aquí su señora no va a estar conforme con las obras...

D.ª SOLE. ¿Obras? Las que convengan a la casa y nada más.

D. VALE. Habíamos hecho una lista de lo más necesario...

D.ª SOLE. A ver, a ver... (*Toma la lista que le alarga tímidamente el señor Fabián.*) ¿Están ustedes locos?

D. VALE. El caso es que yo me he comprometido con los inquilinos...

D.ª SOLE. Pues yo te sacaré del compromiso, no te apures. (*Al señor Fabián.*) Vamos a ver eso del tejado, y usted me dirá lo que es imprescindible hacer para que la casa no se resienta.

D. VALE. Yo no te acompaño después de haber prometido...

D.ª SOLE. Y harás muy bien. Vamos, señor Fabián.

SR. FABIAN. Subiremos por aquí. (*Vanse por la escalera de los exteriores.*)

QUITERIA. Su señora y yo nos vamos a entender muy bien.

D. VALE. Lo siento por los inquilinos. (*Con las manos a la espalda, resignado, hace mutis paseando hacia el portal, y queda luego en el foro, de espaldas, mirando hacia la calle.*)

(*Entran MARIA y PEPA la NADADORA.*)

NADADORA. ¿Ha vuelto?

QUITERIA. Ahí le tié usté.

MARIA. (*Declamando.*)

Padre, padre mío,
¿quién al saberse tu hija,
es dueña de su albedrío?

QUITERIA. Pero, ¿le vas a hacer la escena en verso?

MARIA. Recito para tomar tono. Esto es de "La bofetada del muerto", y siempre me vale una ovación.

NADADORA. La he impuesto en to lo que se refiere a mi vida, y a ella se le han ocurrido unas cosas pa decírselas a su padre, que lo menos la da dos mil pesetas.

QUITERIA. Pues como las oiga su mujer, ya verá usté la que la da.

NADADORA. ¿Ha venido también su mujer?

QUITERIA. Por arriba anda.

NADADORA. ¿Es de armas tomar?

QUITERIA. ¿De armas? ¿Ha visto usted "Cuatro de infantería"? Pues ponga usté ocho de caballería y se queda corta.

MARIA. Siempre he tenido mala suerte para las madrastras.

QUITERIA. ¿Habrá arrastrá?

NADADORA. ¡Chist! Que viene. Tú has mutis para entrar en escena como hemos pensao. (*María se oculta en la puerta de los interiores.*) Y usté váyase a su chiscón. (*Vase Quiteria. Don Vale, que vuelve paseando, entra muy despacio y se detiene en la puerta del foro.*) ¿Qué veo? ¿Es usté? ¿Eres tú, Vale?

D. VALE. (*Sorprendido.*) ¿Eh?

NADADORA. ¿No me conoces?... ¡Pues no te diré quién soy!... ¡Qué amargura, Dios mío, qué amargura! ¡Cómo se borra una mujer en la memoria de un hombre! (*Lloriquea.*) Yo, fiel a tu recuerdo, viviendo de él tantos años, y tú ni siquiera me conoces... ¡Qué pena!... No te diré quien soy, ya que me has olvidado por completo. (*Medio mutis.*)

D. VALE. Ven acá, Pepa.

NADADORA. ¡Ah! ¿Me has reconocido? ¿No estoy tan cambiada?

D. VALE. ¡Mucho! Eres otra.

NADADORA. ¿Entonces?...

D. VALE. Vi tu nombre en la lista de los inquilinos, pero dudaba que fueses tú.

NADADORA. ¡Ah, ya! ¿Eres el casero nuevo?

D. VALE. (*Mirando hacia los corredores.*) Sí, pero no se lo digas a nadie.

NADADORA. ¿Cómo?

D. VALE. Que no digas que tú y yo..., vamos, ya me entiendes.

NADADORA. Descuida. ¿Te he molestado en tantos años?... ¡Cuántos días sin pan, cuántas noches sin cama donde acostarme, y ni una sola vez caí en la tentación de ir a pedirte ayuda. Si tú me abandonaste dejándome caer en el arroyo, yo he sabido mantenerme digna, evitando que el fango me salpicara.

MARIA. (*Asomando.*) (¡Lo bien que se lo ha aprendido! El día que yo forme la llevo de característica.)

D. VALE. Mujer, yo; verás...

NADADORA. No tienes que explicarme nada. No me ofrezcas dinero. No creas que con dos o tres billetes de mil pesetas, que para ti no son nada, vas a acallar tu conciencia. Respeta el secreto de mi vida. Déjame que siga mi calvario. Tengo quien me premie tantos sacrificios. No quieras saber nada de mí. Mañana me mudaré de casa para que no vuelvas a verme.

D. VALE. No, eso no, mujer.

MARIA. (*Saliendo con una prenda envuelta en un pañuelo.*) Mamá, voy a llevar a la casa de empeño mi vestido de los domingos.

NADADORA. No, eso no; hija mía. Lleva la manta de mi cama. Pero ¿no te había dejado dinero para la comida?

MARIA. Sí, pero se lo he dado a los vecinos, que son más

pobres que nosotros. Yo puedo pasarme sin el vestido nuevo, pero ellos no pueden pasarse sin comer.

NADADORA. ¡Qué corazón tienes, hija mía! Lo mismo que yo, que a tu edad todo lo daba!

D. VALE. ¿Tú hija? ¿Tienes una hija?

NADADORA. Sí, pero te vuelvo a rogar que respetes el secreto de mi vida.

MARIA. ¿Quién es este caballero, mamá?

NADADORA. Un amigo de tu difunto padre.

D. VALE. ¿Un amigo? Pero, ¿de quién es esta chica?

NADADORA. Díselo tú, hija mía. Dile quien fué tu padre y cómo veneramos su memoria.

MARIA. Mi padre fué don Valeriano Osa.

D. VALE. ¡Su padre!

MARIA. Sí, señor; mi padre. Mi madre le llamaba Vale, y su nombre no se le cae de la boca. No comemos una vez judías con oreja de cerdo sin que diga ¡cómo me acuerdo de tu padre! La otra noche en el cine, viendo el partido que tiene Chevalier, comentaba: ¡Mi Vale en sus tiempos sí que cortaba el bacalao! Si compramos billetes para ver alguna función, se la saltan las lágrimas y exclama: ¡Ay, cómo me acuerdo de cuando venía al teatro con Vale!...

D. VALE. (*Muy turbado.*) Pero tú..., pero esta chica...

NADADORA. Sigue, hija mía. Dile a este caballero todo lo que hemos sufrido.

MARIA. Mi papá era muy bueno, pero al morir nos dejó en la mayor miseria. ¡Cuántas veces mi pobre mamá me ha dicho, llorando: ¡Por qué me sacaría tu padre del agua!

D. VALE. ¡Ah! Pero, ¿la niña sabe?...

MARIA. Sí. Una vez le pregunté por qué decía eso del agua, y me contestó que le salvó la vida cuando iba a ahogarse.

D. VALE. (*Conmovido.*) ¡Pobrecita mía! (*Se decide a abrazarla y lo hace efusivamente.*)

MARIA. ¡Ay! ¿Qué siento? ¿qué emoción embarga mi pecho? ¿Qué es esto que me ahoga? ¡Ah! ¡Padre!... ¡Usted es mi padre!

D. VALE. (*Casi llorando.*) ¡Hija mía!

MARIA. ¡Padre de mi alma!

QUITERIA. (*Se asoma.*) (¡Mi madre, lo que vale mi hija! ¿A qué tenía en casa a la Palóu y no me había enterao?)

NADADORA. Ya ves, tú no me has conocido, y ella, que no te ha visto nunca, ha adivinao que eras su padre.

MARIA. El grito de la sangre, madre.

D. VALE. (*Turbadísimo.*) ¡Mi hija!... ¡Tengo una hija!... Pero, ¿cómo puedo yo tener una hija de este tamaño?

NADADORA. ¡Como me abandonaste antes de que naciera!... Te escribí tres cartas...

D. VALE. Pero, ¿cómo se puede tener una hija por correo?

NADADORA. Desvarías.

D. VALE. Sí. No sé lo que me digo. Se me va la cabeza.

MARIA. Apóyela usted en mi pecho, papaíto.

D. VALE. ¿De veras, eres mi hija?

D.ª SOLE. (*Desde arriba.*) ¡Vale, sube!

MARIA. ¿No ha oído usted también el grito?

D. VALE. (*Azorado.*) He oído el grito, y puede que vea la sangre.

NADADORA. ¿Puedes dudar? ¡Si es tu retrato! Tus ojos, tus narices, tu boca..., cuando tenías treinta años, por supuesto... Fíjate bien.

D. VALE. Sí, sí...

NADADORA. Ahora que has encontrado a tu padre, hija mía, nada te faltará. El te dará las dos o tres mil pesetas que necesitas para ir a París a perfeccionarte en el francés; él te comprará ropa, él te dará para que mantengas a tu madre sin matarte a trabajar...

D. VALE. Sí, sí. Todo lo que necesite... ¡Hija mía! (*La abraza enternecido.*) Tendrás razón al decir que he sido un mal padre.

MARIA. Contra un padre no hay razón.

D. VALE. Pero yo sabré recompensarte.

NADADORA. Ahí te dejo con ella. Voy a la casa de préstamos a llevar una manta de mi cama para poner la comida.

D. VALE. No, eso, no. (*Saca la cartera y rebusca en ella.*)

QUITERIA. (*En la portería.*) (¡Ahora es cuando se va a retratar!)

NADADORA. (*Alegrísima, pero disimulando.*) No, no te molestés en darme dinero, porque no lo tomaré.

D. VALE. Toma... Toma estos bonos que me ha dado un almacenista amigo mío.

QUITERIA. (¡Se ha retratao de cuerpo entero!) (*Mutis.*)

D. VALE. Sería lástima que se perdieran. Por cada uno te darán cinco pesetas en comestibles.

NADADORA. ¡Gracias, hombre!

MARIA. Cuando encuentra una a un padre así, no sabe lo que ha encontrado.

NADADORA. (*Aparte a María.*) Me parece que vamos a sacar poco.

MARIA. (*Idem.*) Menos que en una turné por Levante. (*Mutis la Nadadora.*)

D. VALE. Ven acá, hija mía.

MARIA. ¡Papá!

D. VALE. Se me saltan las lágrimas. Delante de tu madre me he contenido, pero siento una emoción...

MARIA. Es que la sorpresa ha sido de arroba. Salir de casa a cuerpo y encontrarse una hija ya criadita...

D. VALE. ¡Quién lo iba a pensar! Nunca creí lo que me decía tu madre cuando la dejé; porque tu madre... Bueno, no es cosa de que yo, ahora que acabo de encontrarte, me ponga a hablar mal de tu madre. Pero quiero enmendar mi falta y evitar que tú sigas su camino... Tú pareces buena e inocente...

MARIA. Pura como el aliento de los ángeles que rodean el trono del Señor.

D. VALE. Mi deber es velar por ti: evitarte malos ejemplos; darte la educación que te corresponde...

MARIA. ¿De veras?

D. VALE. ¿No comprendes mi emoción? ¿No ves mis lágrimas? Me ahoga el remordimiento... Una hija mía viviendo en la miseria, expuesta a todos los peligros... ¡Qué horror! Dios me ha puesto a tiempo en tu camino.

MARIA. (¡Ay, que se me agranda el papel, que me parece que en vez de una representación voy a hacer una temporada.)

D. VALE. Daré a tu madre lo necesario para que viva decorosamente, pero a ti nada te faltará.

MARIA. (*En tono melodramático.*) Me faltará por mucho que usted haga. Sáqueme de esta casa. Apárteme del peligro. La senda por donde camina una muchacha pura e indefensa es muy estrecha y un mal paso basta para hacerla caer en el precipicio.

D. VALE. ¡Qué bien hablas, hija mía! Comprendo lo que quieres decirme. Lo que yo diese a tu madre no llegaría a ti.

MARIA. Ni las sobras.

D. VALE. Tu madre sería capaz...

MARIA. De todo.

D. VALE. Descuida. Te pondré interna en un colegio.

MARIA. ¿En un colegio?

QUITERIA. (*Que se ha asomado.*) (¡Ay que fastidiarse!)

D. VALE. Sí. Quiero que seas una señorita, una verdadera señorita.

QUITERIA. (¡Este señor no sólo ha picao el anzuelo, sino que se está tragando la cuerda!)

MARIA. (*Declamando.*) No, padre mío, no me apartes de tu lado. No desgarres mi corazón con el dolor de alejarme de ti ahora que acabo de encontrarte. Yo quiero ser el báculo de tu vejez, el cirineo de tu calvario, el lazarillo que guíe tus pasos, la mano que cierre tus ojos al morir... (*Lo marca todo mucho con la acción.*)

QUITERIA. (Esta chica va a quitar el pan a muchas cómicas!)

D. VALE. (*Enternecido.*) ¡Hija de mi alma! ¡Qué corazón más hermoso! (*Decidido.*) Pues bien, sea como sea, no te apartarás de mi lado.

QUITERIA. (¡La hemos hecho buena!)

D. VALE. A tu madre la pasaré para vivir decorosamente.

QUITERIA. (¡Y yo en la portería!)

MARIA. Pero, ¿qué van a decir en su casa?

D. VALE. Por el pronto, guardaremos el secreto. Diré que eres huérfana. De ningún modo pueden saber en casa que tu madre vive y que... ya puedes comprender.

MARIA. ¿Y cuándo tengo que ir a su casa?

D. VALE. Hoy; ahora mismo. No te abandono. ¡Tus palabras me han hecho una impresión!...

QUITERIA. (¡Ca, o me da a mí otra pensión o no se lleva a la chica!) (*Saliendo al patio.*) María...

D. VALE. ¡Ah! ¿Te llamas María?

MARIA. Sí.

D. VALE. ¡Qué dulce nombre!

QUITERIA. Si no he oído mal, el señor te quiere llevar a su casa.

D. VALE. Sí, señora.

QUITERIA. Pues tendrá usted que contar conmigo.

MARIA. (¿A que me chafa el melodrama?)

D. VALE. ¡Ah, por supuesto! Precisamente estaba pensándolo...

MARIA. Verá usted, es que aquí la señora Quiteria, pues como estamos tan mal, me tenía a su servicio,

D. VALE. ¡Oh!

MARIA. Me daba todo lo que podía... ¡Tengo recibidas de ella

más señales de cariño!... Mucha gente, al ver como me trata, cree que es mi madre.

D. VALE. Dios le pagará lo que ha hecho por ti. (*A Quiteria.*) Desde ahora no tendrá usted que preocuparse.

QUITERIA. (*Contentísima.*) Muchas gracias, don Valeriano.

D. VALE. Se ahorrará usted lo que la daba, porque desde hoy corre de mi cuenta.

QUITERIA. Bueno, pero es que si me la quita usted...

D. VALE. Ya, ya comprendo. La duele a usted separase de ella.

MARIA. ¡Como que es todo corazón!

D. VALE. Podrá usted verla siempre que quiera. ¡No faltaria más!

QUITERIA. Muy bien, pero yo necesito... Vamos, dile tú que se explique, no pienses sólo en ti...

D. VALE. ¿Que me explique?

MARIA. Quiere decir que usted sólo ha pensado en mí, en redimirme de la triste vida a que me había conducido su involuntario abandono; pero no se ha dado cuenta de que necesita explicar mi presencia en su casa

D. VALE. Sí, por eso decía que contaba con ella...

QUITERIA. (¡Me pone pensión a mí también!)

D. VALE. Vas a decir a mi señora y a todo el mundo que era así... como tu madrastra.

MARIA. ¡Y se lo creen!

D. VALE. Y como decía tu madre, que soy un amigo de tu padre, pero no he conocido a tu madre, que murió antes que tu padre y esta señora te recogió como madre.

QUITERIA. (¡No le entiende ni su padre!)

D. VALE. ¿Te has enterado?

MARIA. ¡De todo! (De Calderón pasamos a Muñoz Seca!)

QUITERIA. Pero para que yo me entere...

D. VALE. (*Atajándola.*) Para que usted se entere, un día de estos dejaré venir a mi hija y se lo contará todo. Un drama, señora, un drama.

QUITERIA. (¡Pa mí que va a ser un sainete!)

D.ª SOLE. (*Saliendo seguida del Sr. Fabián.*) Te he estado llamando, Vale.

MARIA. (¡Mi tercera o cuarta madre!)

D. VALE. No te he oído... ¡Si tú supieras!...

D.ª SOLE. ¿Qué pasa? ¿Otra de las tuyas?

D. VALE. ¿Ves esta muchacha?

MARIA. (¡Yo sí que me veo y no me veo!)

D.ª SOLE. ¿Quién es?

D. VALE. La hija de un difunto amigo mío. Del mejor amigo que tuve al venir a Madrid. Una pobre huérfana, una desgraciada...

D.ª SOLE. Pues si vive aquí y la quieres rebajar el cuarto, no te canses. Después de lo que me ha ocurrido arriba, antes prendo fuego a la casa que rebajar un alquiler.

SR. FABIAN. ¡Si viese usté cómo se han puesto los inquilinos! No hay cultura cívica, señor, no hay cultura cívica.

D. VALE. (*Con una energía deshabitual en él.*) No se trata de eso. He encontrado casualmente a esta infeliz sirviendo casi de criada a la portera. Yo tenía una deuda de amistad y de gratitud con su padre y quiero pagarla velando por su hija.

D.ª SOLE. (*Más humanizada.*) Sabes que cuando hay que hacer una obra de caridad tengo tanto corazón como la primera. Yo me ocuparé de ella, pero respecto a los inquilinos... ¡Imposiciones a mí!

D. VALE. Deja ahora a los inquilinos. Esta muchacha, que tiene una gran educación, que sabe hasta francés, no puede estar aquí ni un momento más.

D.ª SOLE. ¿Qué es lo que quieres?

D. VALE. Que se venga a casa, que viva con nosotros.

D.ª SOLE. ¿Que venga a nuestra casa?

MARIA. Yo ocupo muy poquito sitio.

D. VALE. Siempre he suspirado por una hija, bien lo sabes. Esta lo puede ser. Ella nos consolará a los dos de los disgustos que nos da el chico. Será el báculo de nuestra vejez, el cirineo de nuestra vida; ella cerrará nuestros ojos...

D.ª SOLE. Basta. No me digas más. Bastante pena tengo yo por no haberte dado una hija... Ya veremos lo que se puede hacer.

(*Sale PEPA LA NADADORA.*)

D. VALE. (*Enérgico.*) Lo que se hará. María vendrá ahora mismo con nosotros y no se separará de mi lado.

NADADORA. (*A Quiteria.*) ¿Qué dice?

QUITERIA. ¡Se la llevan!

NADADORA. ¡Anda la mar!

QUITERIA. Pero a usté la van a dar una pensión.

NADADORA. He hecho mi suerte... Si esa chica es más viva que el hambre, y como Vale es un cordero...

QUITERIA. Pues yo me chivo como no me den otro diario.

NADADORA. La suscribiremos a usté al "Liberal".

D.ª SOLE. *(Que ha estado hablando con D. Vale y María.)* No puede ser, Vale; por tu mismo hijo, no puede ser...

(En los corredores se oyen hasta final del acto destempladas voces femeninas que gritan: ¡So ladrona! ¡A ver ese Juan Lanas de marido! ¡Que pongan un bozal a la casera! ¡Que le frían un inodoro! ¡Vamos a arrastrarla *Caen al patio algunos objetos. Por las escaleras de interiores y exteriores aparecen LIA y GRETA en trajes de casa muy ligeros. pyjamas, por ejemplo, varios vecinos y muchas vecinas que en actitud agresiva se dirigen hacia doña Sole, repitiendo los insultos. Gran escándalo.)*

MARIA. *(Interponiéndose entre las amotinadas vecinas y doña Sole, que con D. Vale se ha replegado en el portal.)* ¡Atrás!... Esa mujer es como si fuera mi segunda madre. Sola va, el que la quiera seguir, que la siga, pero no olvide que tiene que pasar por esta puerta, y en esta puerta, ¡en esta puerta estoy yo! *(Se coloca en actitud dramática delante de la puerta del foro.)*

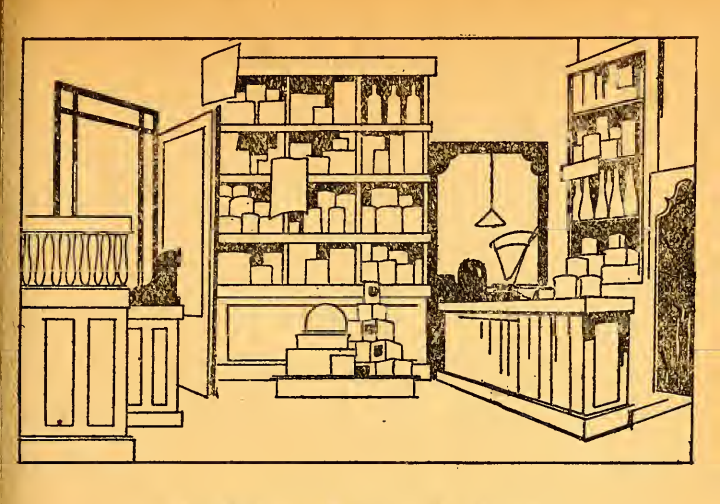
TELON



REPARTO

ACTO SEGUNDO

PERSONAJES	ACTORES
Don Vale	Sr. Aguirre.
Raimunda	Srta. Anchorena.
Doña Sole	Sra. Medero.
María	Srta. Loreto Prado.
Paragüitas	" Cid (Pepita)
Gorito	Sr. Melgares.
Polonio	" Sampetrio.
Pepa la Nadadora	Srta. Melchor.
Quiteria	Sra. Infiesta.



ACTO SEGUNDO

Establecimiento de comestibles de D. Valeriano de la Osa, en una calle céntrica. En el foro izquierda, escaparate. Entre el foro y el lateral derecha, en ángulo, puerta de entrada. Lateral derecha otro escaparate y delante mostrador pequeño. Lateral izquierda mostrador grande y detrás anaquelería. En primer tiempo puerta pequeña que da acceso al interior. En primer término derecha *comptoir* con barrotitos de madera y ventanilla. Sobre los mostradores balanzas, fuentes con quesos, cajas de ciruelas, dulces y galletas. abiertas, etc., etc. En las anaquelerías botellas, botes de conservas, racimos de salchichones, anuncios de productos alimenticios, etc. Conviene, por ser siempre de buen efecto, que todo lo accesorio responda a la realidad. Es de día,

(DON VALE, en el mostrador, despacha a RAIMUNDA, cocinera de buena casa. MARIA, con bata blanca, muy arregladita, está en el "comptoir". DOÑA SOLE aparece por el lateral en traje de casa.)

D. VALE. ¿Qué más?

RAIMUNDA. Póngame dos libras de chocolate del de la casa, de tres pesetas, pero con papel de a cuatro, como siempre.

D. VALE. ¿Cómo siempre?

RAIMUNDA. Sí, Luciano ya lo sabía.

D. VALE. María, cambia el papel a dos libras de chocolate. Ahí están, en la trastienda.

D.ª SOLE. Deja, yo lo traeré. (*Vase por la trastienda.*)

D. VALE. No me gusta hacer estas cosas, Raimunda, se desacreditan los géneros.

RAIMUNDA. ¡Pues si una tuviera que atenerse a los doce duros pelaos del sueldo...! (*A María.*) Ya ve usté, veinticuatro me cuesta el vestido ese que le he dicho que me estoy haciendo.

MARIA. Pues si la modista se corre con la sisa como usted, le va a sentar muy mal.

D.ª SOLE. Aquí está el chocolate.

RAIMUNDA. ¡Ah!, cuando mande usté el pedido, que no se le olvide una botella de coñac.

D. VALE. ¿Tres copas?

RAIMUNDA. No, "Soberano", que es para la cocina, y el chófer que tenemos ahora es muy exigente. Buenos días. (*Mutis.*)

D. VALE. Vaya usted con Diós.

MARIA. Y que El la ponga donda haya.

D. VALE. Envuelve esas libras no se vayan a confundir.

D.ª SOLE. (*Riendo.*) Descuida.

D. VALE. ¿De qué te ríes?

D.ª SOLE. Pero, hombre, ¿no te has enterado de que hace más de un año que no nos hacen tareas de chocolate más que de una clase?

D. VALE. ¿Es posible?

D.ª SOLE. Lo único que varía es la envoltura.

D. VALE. No me gusta, no me gusta.

D.ª SOLE. No te gusta y todas las mañanas lo encuentras riquísimo.

MARIA. Como les pasará a los señoritos de esa vivales... Por más que ahora caigo en que con esa combinación del chocolate a los que sisa es a ustedes.

D.ª SOLE. A medias... Hay también libras de dos pesetas.

D. VALE. ¡Pero, Sole...!

D.ª SOLE. Si no fuera por mí, bueno andaría esto.

D. VALE. ¿Y ese chico? ¿Se levanta o no?

D.ª SOLE. Está tomando el desayuno.

D. VALE. ¡Vaya una hora...! Pues que se ponga la blusa y que salga.

D.ª SOLE. ¿La blusa también?

D. VALE. Sí. Ya te he dicho que no tomo dependiente. Yo no pago goyerías. Con María, que te quita a ti de la

caja, Polonio para repartir y Gorito y yo en el mostrador, no necesitamos a nadie.

D.ª SOLE. Pero, ¿es que no quieres que siga estudiando?

D. VALE. ¡El que no quiere es él!

MARIA. Debía usted perdonarle, don Vale.

D. VALE. Me he pasado la vida perdonándole y haciendo la vista gorda a las blanduras de su madre.

D.ª SOLE. No son blanduras, Vale. (*A María.*) Como Gorito no es mi hijo, no quiero que se diga que le trato como una madrastra. Tú sabes la fama que tenemos las madrastras.

MARIA. ¡Qué me va usted a decir!

D. VALE. Gorito, no estudia, no piensa más que en divertirse, y por ese camino no va a hacer nada de provecho.

D.ª SOLE. Somos ricos, no tenemos más hijos que ése...

D. VALE. ¡Qué sabes tú!

D.ª SOLE. ¿Cómo?

D. VALE. Qué sabes tú las vueltas que puede dar el mundo... ¡Pues así que no anda trastornado!

D.ª SOLE. Pero Gorito...

D. VALE. Gorito tiene que ser un hombre honrado y trabajador, como yo, que siga al frente del negocio el día que faltemos.

D.ª SOLE. Pero, Vale, ¿no habíamos quedado en que a la primera ocasión traspasarías la tienda y nos retiraríamos?

D. VALE. Pues he cambiado de parecer.

D.ª SOLE. No. Eso sí que no. ¡Ca! No nos hemos pasado la vida sacrificándonos para esto. No faltaría más.

D. VALE. Bueno, bueno; ya discutiremos eso. Anda a ver si sale el chico.

(*Mutis Doña Sole por la trastienda.*)

MARIA. Debiera usted perdonar a Gorito. Dejarle que siga estudiando.

D. VALE. De ninguna manera. Este año consentí que se matriculara por no tener un disgusto serio. Además, las cosas han variado. Ahora tengo que mirar por ti, por tu povenir, hija mía.

MARIA. ¡Chist!

D. VALE. No hay nadie. Ven. Dame un beso. Esta mañana te saliste a la tienda, cuando yo te esperaba como siempre en el comedor. ¡Ingrata!

MARIA. Papá, es que me anda usted persiguiendo por los pasillos lo mismo que a una cocinera, y como nos pes-

que doña Sole se va a quedar sola repartiendo bofetadas.

D. VALE. ¡Ay!, no comprendes toda la felicidad que siento cuando te aprieto entre mis brazos. Dios... (*Va a abrazarla.*)

MARIA. Dios aprieta, pero no ahoga. (*Le rechaza.*)

D. VALE. Dios sabe que los días que llevas a mi lado han sido los más dichosos de mi vida. ¡Ven, hija de mi alma...!

MARIA. Papá, que pueden vernos desde la calle...

D. VALE. Mira, entra en la caja y yo meto la cabeza por la ventanilla... ¡Es un suplicio tener que ocultar un sentimiento tan natural!

MARIA. Pues le acompaño a usted en el sentimiento, pero no puede ser. ¿No comprende usted, padre, que puede mancillar la honra inmaculada de su hija y envilecer sus canas ante los ojos del mundo? Cualquiera que nos viese no diría: "Es un padre que abraza enternecido a la hija de su alma, sino es un viejo verde que está seduciendo a la cajera."

D. VALE. Es verdad, es verdad. Siempre me convences. Y es que me embelesa oírte hablar así... Voy a ver si sale ese chico o le saco yo. (*Mutis lateral.*)

(*Entra PARAGUITAS de la calle. Es una muchacha estudiante, muy desenvuelta, feílla, con el pelo sobre los ojos, gafas y sombrero pequeño. Lleva bajo el brazo libros y una cartera.*)

PARAGUITAS. Deme usted cuarto de gruyére.

MARIA. Haga el favor de esperar a que salga el dependiente, porque yo no sé donde están las cosas.

PARAGUITAS. (*Señalando el inmenso queso de gruyére que está sobre el mostrador.*) Hija, ¿no tiene usted ojos?

MARIA. Más que el queso, y no me atrevo a decir más que usted, porque soy modesta; pero es que yo soy la encargada del "contoir" y no me meto en otra cosa.

PARAGUITAS. "Comptuar", querrá usted decir.

MARIA. Yo digo lo que me da la gana.

PARAGUITAS. Entonces, ¿para qué han puesto ustedes ahí "on parle français?

MARIA. Para ponerme a mí en un compromiso.

GORITO. (*Sale por la puerta de la trastienda cargadísimo con latas de conservas. Lleva una blusa de crudillo que le arrastra.*) Maruja, ¿me quieres echar una mano?

MARIA. Hijo, que latoso vienes.

GORITO. Mi padre, que se ha puesto muy cargante...

PARAGUITAS. ¡Anda, Gorito Osa!

GORITO. ¡Paragüitas! (*Con la sorpresa deja caer los botes. Para que estos no rueden hacia la batería bastará que estén mediados de arena. Los tres corren tras ellos deteniéndolos con los pies, como si jugasen un tanto de fútbol.*)

MARIA. ¡Chuta a ese bonito!

PARAGUITAS. (*Dando a un bote.*) ¡Goal!

MARIA. ¡Qué te crees tú eso!

PARAGUITAS. ¡Ay que ver cómo para la del "comptoir"!

MARIA. ¡Como que he sido portera más tiempo que Zamora! (*Terminan de apilar los botes.*)

PARAGUITAS. Pero, Gorito, ¿tú tan pera convertido en hortera?

MARIA. Por calavera.

GORITO. ¡Cosas de la vida!

PARAGUITAS. ¿Has dejado los estudios?

GORITO. Cosas de mi padre.

PARAGUITAS. ¡Ah! ¿Luego esta tienda...?

GORITO. De mi padre.

PARAGUITAS. ¿Y esa blusa?

MARIA. Del dependiente mayor, ¿no lo ve usted?

PARAGUITAS. (*Riendo.*) Esta tarde se lo digo a la Ortiz, a la Ortega, a las chicas del Ateneo y a Pocholo, y mañana hay un lleno en la tienda para verte cortar el bacalao.

MARIA. Y pasado hay otro lleno en la casa de socorro para ver cómo le pegan a usted el tafetán.

PARAGUITAS. ¡Ay, chico! ¿Cómo la tenéis suelta?

MARIA. Me tienen ahí, entre esos barrotes.

GORITO. Tiene razón Maruja. No hay derecho para que vengáis a chunguearos de un compañero caído en desgracia, Aparte de que ya sabéis cómo las gasto.

PARAGUITAS. Hombre, lo decía para venir en plan de juerga, pero si te molesta...

GORITO. ¿Te parece que me puede hacer gracia verme así?

PARAGUITAS. En medio de todo, tú te las dabas de demócrata, confraternizabas con los de blusa...

(*Gorito anda unos pasos recogiendo unos botes y se pisa la blusa, dando un traspiés.*)

MARIA. Y le tira la blusa; pero de boca, ¿no lo ve usted?

GORITO. Tampoco consiento pitorreo con mis orientaciones políticas.

MARIA. Gorito, ponle cuarto de gruyére, que había entrado a comprar.

PARAGUITAS. Si te molesta, déjalo; lo compraré en otro lado.

GORITO. No, mujer, si ya sabes que estaba dispuesto a dejar la carrera.

MARIA. ¿Ibas a dejar la carrera?

PARAGUITAS. Eso decía cuando le daba por el teatro.

MARIA. ¿Te gusta el teatro?

GORITO. A rabiar. Que te diga ésta.

PARAGUITAS. El año pasado hicimos un "Juan José" en la Casa del Pueblo que nos querían sindicar en el ramo de construcción,

GORITO. Otra vez pusimos unos "Intereses" que hasta Veguillas nos felicitó,

PARAGUITAS. Sin broma. es un actorazo,

MARIA. ¡Y no me habías dicho nada!

GORITO. ¿Es que a ti también te gusta el teatro?

MARIA. Más que el huevo con tomate.

PARAGUITAS. Pues chico, podéis formar compañía.

GORITO. Otras cosas habría más difíciles; porque yo no sirvo para despachar. (*Da a Paragüitas un paquete bastante voluminoso.*)

MARIA. ¡Y que lo digas! ¿Eso es un cuarto de kilo de queso?

GORITO. Puede que hayan entrado muchos ojos.

PARAGUITAS. Me has dado más de un kilo. (*Paga.*) Voy a decir en casa que manden aquí por todo, ya que pesas tan bien.

GORITO. Pues si os despacha mi padre, puede que os pese.

PARAGUITAS. Ya nos veremos, y descuida, que por mí, ni palabra.

GORITO. Gracias, Iparraguirre.

PARAGUITAS. Adiós. Buenos días, señorita.

MARIA. Vaya usted con Dios. Mira qué casualidad que tú también seas aficionado al teatro.

GORITO. Y seré profesional. ¿Dónde has trabajado tú?

MARIA. En la mar de sociedades.

GORITO. María Pérez... Me suena. Estaría bueno que tú y yo terminásemos por formar compañía.

MARIA. Yo la primera actriz, tú el primer actor; y a la cabeza de los carteles... Oye, oye, no puede ser. Tú y yo no podemos ser cabeza de cartel.

GORITO. ¿Por qué?

MARIA. ¿No has caído? ¡Poco que nos iban a tomar el pelo! Compañía Pérez-Osa... ¡Nos íbamos a pasar la vida descansando!

GORITO. Con un De se arregla todo. Compañía Pérez de la Osa.

MARIA. Mi ilusión es trabajar en ese teatro de la calle del

Barquillo que no sé cómo le han puesto ahora... Ese, al que llaman la sucursal de Molinero...

GORITO. Yo aspiro al Español. Por hacer allí el "Tenorio" daría...

MARIA. ¡Chist! El Comendador. (*Sale D. VALE.*)

D. VALE. ¿No te he dicho que vayas subiendo de la cueva todas las latas de conservas que hay en el rincón?

GORITO. Voy, voy. He tenido que despachar.

D. VALE. Pues anda, que a estas horas viene poca gente y no te necesito. Y ya sabes. Mucha coba a los clientes para que si entran a comprar un chorizo se lleven un jamón (*Vase Gorito. Entra de la calle POLONIO, el chico de la tienda. Trae un cesto de repartir, vacío.*)

POLONIO. (*Se dirige al comptoir.*) Sesenta y dos pesetas del pedido de los señores de Fragua. Anótalo.

D. VALE. ¿Te ha pagado la señora de Duro?

POLONIO. Me ha dado un pico a cuenta. (*A María.*) Quiere que se le apunte al dorso de la factura. A ver si es ésta. (*Le da una factura.*).

MARIA. Anita Duro.

POLONIO. Anota veinte reales.

D. VALE. No me gusta que pongáis motes a los clientes.

POLONIO. No es retruecaneo, sino que la señora de Duro me ha dado cinco pesetas.

D. VALE. ¿Has pasado por casa del ex concejal señor Martínez? Te he dicho que siempre que te coja de camino, subas, a ver si poco a poco se cobra esa cuenta.

POLONIO. Así lo hago. Hoy también estuve.

D. VALE. ¿Y qué te ha dicho?

POLONIO. Pues que como todos los días me presento a pedir un pico, me va a recomendar al alcalde para que me de una papeleta de trabajo.

D. VALE. ¡Muy gracioso! Toma, prepara esto que tienes que llevar luego. (*Le da una nota y Polonio hace mutis por la transtienda.*) ¡Ay!

MARIA. ¿Qué le pasa a usted?

D. VALE. Que me parece que he visto cruzar a tu madre. (*Va a mirar a la trastienda.*) Se ha empeñado en comprometerme y lo va a conseguir.

MARIA. Vendrá por algo.

D. VALE. ¡Pero si ayer se llevó media tienda!...

MARIA. (*Que mira por el escaparate.*) No la veo.

D. VALE. Allí, en la esquina. ¡No la ves porque la tapa la cesta que trae!

MARIA. ¡Mi abuela!

D. VALE. (*Alarmado.*) Pero, ¿vive también tu abuelita?

MARIA. Que yo sepa, no. Lo he dicho al ver la cesta. Es una acaparadora.

D. VALE. Es una... Perdona, hija mía, pero no sé lo que iba a decir olvidándome de que es tu madre.

MARIA. Diga usted lo que quiera, porque yo la voy a decir más.

D. VALE. Me parece muy bien, porque si yo hablo, con el carácter que tengo...

MARIA. Ya, ya le conozco.

D. VALE. Pierdo los estribos, se me sube la sangre a la cabeza. Dile que no se puede llevar más que lo indispensable para comer.

MARIA. Ayer se llevó para una semana.

D. VALE. (*Enérgico.*) Dile que hemos convenido en que no le cobraré el cuarto y le daré los comestibles, pero nada más.

MARIA. Descuide usted.

D. VALE (*Enérgico.*) Dile que si vuelve a exigirme dinero... (*Cruza la NADADORA por delante del escaparate. Temeroso.*) Dile que hable bajo.

(*Entra PEPA LA NADADORA. Trae al brazo una cesta de gran tamaño.*)

NADADORA. Buenos días.

D. VALE. ¡Hum!

NADADORA. ¿Qué tal, don Vale; cómo va, señorita?

D. VALE. (*Que ha mirado por la puerta de la trastienda.*) ¿Qué es lo que quieres? ¡Acaba pronto!

NADADORA. ¡Ay, qué trabajo le cuesta a una disimular! Creí que podían oírnos, y como soy tan prudente... ¡Hija de mi alma, dame un abrazo! ¡Qué dolor para una madre verse lejos de la hija de sus entrañas y tener que contenerse cuando la ve!

D. VALE. (*Que ha cogido unas bolsas ya envueltas y ha llenado otras.*) Toma medio kilo de garbanzos, bacalao, azúcar...

NADADORA. Lo menos creerás que he venido por llevarme algo.

MARIA. Papá no se da cuenta de que sólo viene usted por verme a mí.

NADADORA. ¡Tú me conoces, hija mía!

MARIA. Pero yo me doy cuenta de todo lo que se ha llevado usted en estos días, y me parece un abuso.

NADADORA. Muchas veces si me llevo algo es para disimular.

D. VALE. ¡Pues se ha acabado!

NADADORA. ¡Así me pagas! Ya sabía yo que tu padre me robaría tu cariño... ¡Ah, pues eso no! Volverás a casa. No te separarás de mi lado.

D. VALE. ¡Eso, nunca!

MARIA. ¿Volver yo a...? ¡Ca!

NADADORA. Claro, como tú no pasas apuros como yo, como aquí te sobra todo...

D. VALE. ¿Y qué te falta a ti?

NADADORA. Seis duros de un billete entero que he perdido... Si no los pago, no volverán a darme nada fiao en la lotería. ¡Buena es doña Manolita!

D. VALE. ¡Chist!... (*A María.*) Dale los seis duros y que se marche. (*Desaparece por la trastienda.*)

MARIA. (*Bajo, en el* comptoir.) ¿No le da a usted vergüenza abusar así de un pobre hombre?

NADADORA. ¡Ay, qué gracia! ¿Te da a ti, rica?

MARIA. Yo he venido aquí a la fuerza, para no descubrirla a usted.

NADADORA. ¡Miau! Tú te has dejao querer y le has dao coba pa que te traiga a vivir a su casa en vez de pasarme un diario, como era lo que convinimos que tenías que pedirle, porque has visto que te pues dar una vida que ni la de una estrella del cine.

MARIA. No, señora, no, que si lo hice al principio, lo que es hoy...

NADADORA. De modo y manuela que si quieres tener la fiesta en paz no te metas en lo que no te importa. ¡Tendría que ver! Vamos, que salir con éstas...

MARIA. Es que no lo puedo consentir. Me da vergüenza, me duele que venga usted a saquear a don Vale, que es un santo... Me duele, sí, señora...

NADADORA. Más te va a doler la bofetá que te voy a dar como sigas poniéndote tonta.

MARIA. ¿A mí me va usted a pegar?

NADADORA. ¿Te has olvidao de que soy tu madre mientras no se demuestre lo contrario?

D. VALE. (*Saliendo.*) ¿Todavía estás aquí?... ¡Ejem, ejem! (*Disimula.*)

(*Sale GORITO con unos botes.*)

NADADORA. ¿Que si se me olvida algo? Déme usted un salchichón.

D. VALE. ¿Un salchichón? Los que tenemos no son de confianza para usted.

NADADORA. No importa. A la cuarta raja, nos tuteamos. Déme usté aquel gordito.

D. VALE. (*Dándole con rabia.*) ¡Tenga usted!

NADADORA. Déme usté también algo que abra el apetito. No tengo gana de na. A vér ese frasco de pepinillos.

GORITO. Tenemos también vermuth *Chinchano.*

D. VALE. (¡Nos ha chinchao el niño!)

NADADORA. Déme usted una botella, joven.

GORITO. Si devuelve usted el casco le abonaremos dos reales.

NADADORA. Mañana mismo vendré a traerle.

GORITO. ¿Ha probado usted los aperitivos Trevijano? El antipasto es cosa rica. Le voy a dar a usted una lata.

D. VALE. ¡Gorito, que nos la estás dando!

NADADORA. Déjele usté, que el muchacho no molesta.

D. VALE. ¡Sigue subiendo botes!

GORITO. (¿Para qué me habrá recomendado que dé coba a la clientela!...) (*Mutis por la trastienda.*)

D. VALE. ¡Te he dicho que esto se ha acabado!

NADADORA. ¿Por cuatro cosas que se lleva una pa disimular te pones así? ¿Te he pedío na en tantos años?

D. VALE. ¡Pero ahora te estás desquitando!

NADADORA. Pues, mira, si te duele la miseria que me das, te la guardas, que sin ti he vivido. Anda, María, recoge tu ropa y vente.

D. VALE. ¡Eso de ningún modo!

MARIA. ¡De aquí no me voy ni atada!

NADADORA. ¡Eres mi hija!

MARIA. Tan hija soy de usted como de mi padre.

D. VALE. ¡Muy bien dicho, hija mía!

NADADORA. ¡Mira por dónde sale la niña!... El día que yo quiera se te acaba esto.

MARIA. Lo mismo digo.

D. VALE. Bueno, basta, basta. (*Alarmado, mira hacia la trastienda.*)

NADADORA. ¡Críe usté hijos pa esto!

D. VALE. ¡Chist! (*Disimula, muy azorado.*) ¿Desea usted alguna otra cosita?

NADADORA. ¿Tiene usté...?

D. VALE. (*Atajándola.*) ¡Se nos ha terminado!

(*Sale DOÑA SOLE.*)

NADADORA. ¡Cómo está la vida! ¡Todo cuesta un sentido!

MARIA. (*Con zumba.*) Usted en la compra debe arruinarse.

NADADORA. Nunca sé por lo que voy a salir.

MARIA. (*Con intención.*) Hoy ha salido usted por seis duros.

NADADORA. Vaya, hasta mañana. (*Medio mutis.*)

MARIA. Oiga, le decía que había salido por seis duros, porqué me ha dado usted la nota del mostrador, pero no las treinta pesetas.

NADADORA. ¿Está usté segura, señorita?

(*Don Vale hace desesperadas señas a María para que no insista, temeroso de un incidente.*)

MARIA. Segurísima. (*A doña Sole.*) ¿Verdad que no ha pasado por la caja?

D.ª SOLE. Yo no la he visto.

MARIA. Ha sacado usted un billetito y un amadeo de ahí, de ese departamento del bolso, y distraída se lo ha vuelto usted a guardar. Mírelo, mírelo, verá cómo está.

NADADORA. ¡Ay, usté perdone!... No sabe una dónde tiene la cabeza. (*Bajo, al darle el dinero.*) Y mañana no vas a saber tú donde tienes las narices.

MARIA. Igualmente... Y recuerdos a doña Manolita.

NADADORA. (*De muy mal talante.*) ¡Buenos días! (*Mutis.*)

D.ª SOLE. No conozco a esta parroquiana.

MARIA. Ha venido por mí.

D.ª SOLE. Vaya, hija, pues que Dios te lo pague.

MARIA. ¡Y a ustedes!

D.ª SOLE. Gorito te llama.

MARIA. Será para que le acorte la blusa. (*Mutis lateral.*)

D.ª SOLE. Mira, Vale, lo de tu hijo no puede continuar. Acaba de decirme que ha despachado un cuarto kilo de queso a una compañera de la Universidad.

D. VALE. ¿Y qué?

D.ª SOLE. ¿No comprendes que tiene que avergonzarse?

D. VALE. ¿Me avergüenzo yo? De lo que tenía que avergonzarse es de hacerme gastar el dinero inútilmente y de estar desperdiciando lo mejor de su vida. y tú de consentírselo todo y de taparle las granujadas.

D.ª SOLE. ¡Vale! ¿Qué es lo que dices?

D. VALE. Granujadas. Esa es la palabra. ¿Crees que soy tonto? ¿Te figuras que no sé que le desempeñas las cosas y que la caja, cuando tú la llevabas, era una ruina? ¡Pues todo eso se ha acabado!

D.ª SOLE. ¡Desde que ha venido la niña!...

D. VALE. ¿Qué tienes que decir de María?

D.ª SOLE. Me refiero a la república.

D. VALE. Por si acaso.

D.ª SOLE. Descuida, que no he de decir de ella nada que pueda molestarte. Ya veo que es tu ojito derecho.

D. VALE. Será porque se lo merece.

D.ª SOLE. Gracias, hombre. ¿Y yo, no merezco ninguna consideración?

D. VALE. ¿Te ha faltado alguna vez?

D.ª SOLE. Siempre. He sido una esclava de ese mostrador durante veinte años, sin que hayas tenido para mí nunca una atención, una delicadeza ni una prueba de cariño.

D. VALE. Habrá sido por culpa de tu carácter.

D.ª SOLE. O del tuyo.

D. VALE. Yo, callando siempre, dejándote hacer lo que has querido, jamás te he dado un disgusto.

D.ª SOLE. ¿Y tú crees que eso es bastante para que una mujer sea feliz?

D. VALE. ¡Si te oyeran muchas!...

D.ª SOLE. Me darían la razón. (*En otro tono.*) ¿Te he hecho yo feliz a ti?

D. VALE. (*Sorprendido.*) ¿Que si me has hecho?... ¡Qué cosas se te ocurre preguntarme!

D.ª SOLE. No, no te he hecho feliz. y ya eso es bastante dolor para mí. Hemos sido dos socios, dos esclavos del negocio. Yo, afanándome por ganar dinero; tú, satisfecho con guardarlo, nos hemos olvidado un poco de nuestra amargura, pero hoy...

D. VALE. Hoy ¿qué?

D.ª SOLE. Hoy, desde hace unos días, veo todo esto más claro. Me doy cuenta de todo lo que te estoy diciendo.

D. VALE. ¡Cualquiera os entiende a las mujeres!... Puedes estar tranquila por lo que decías antes. Te aseguro que soy feliz.

D.ª SOLE. ¡Ahora!

D. VALE. Sí. Ahora... Y antes también; pero ahora más. Tienes razón.

D.ª SOLE. Eres feliz desde que ha entrado en esta casa María.

D. VALE. ¡Sole! ¿Qué puedes pensar? ¡Calla, calla!

D.ª SOLE. No, no; no pienso nada malo, porque realmente no sé lo que pienso; pero me doy cuenta de que has cambiado, de que eres otro.

D. VALE. Otro, porque por primera vez en la vida no me someto a tu voluntad y me opongo a que Gorito siga siendo un señorito vago y a que dejemos esta tienda que ha sido la base de nuestra fortuna. Tú padeces delirios de grandeza.

D.ª SOLE. ¡Ya salió! ¿Es que no tengo derecho a disfrutar de lo que hemos ganado? ¿Es que pretendes que nos muramos de viejos detrás de ese dichoso mostrador? ¡Pues no! Si tan a gusto te encuentras, te quedas aquí con María y me dejas a mí que me instale en el hotel... Porque no estemos todo el día juntos no viviremos más separados que hemos vivido hasta hoy.

D. VALE. Espera. Todo puede llegar.

(*Sale MARIA.*)

D.ª SOLE. ¿Hasta cuándo vamos a esperar?

D. VALE. No se puede tirar así un negocio como éste...

D.ª SOLE. ¿No te ofrecen uu traspaso los del bar como nunca podíamos soñarlo?

D. VALE. No es la ocasión. Nadie sabe lo que va a pasar ni lo que puede valer el dinero.

D.ª SOLE. Con lo que te dan por el traspaso tenemos de sobra para el hotel de los marqueses. Se puede dejar si acaso la primera hipoteca.

D. VALE. ¿Y no te parece ridículo que pretendamos comprar un hotel que ha sido de tus antiguos amos?

D.ª SOLE. Mis antiguos amos, como tú dices, tenían ese hotel por capricho. Apenas pasaban en él un mes antes de irse a veranear. Comprándosele les hacemos un favor. Por eso Víctor, el antiguo mayordomo, que vive allí, dice que dejando la primera hipoteca nos sale casi de balde.

MARIA. A propósito, ese señor ha llamado antes por teléfono. Quiere hablar con usted.

D. VALE. Pues yo no quiero hablar con él.

MARIA. Me dió este recado. (*Lee una nota.*) Que el lunes vence el plazo de la segunda hipoteca, que el señor marqués se lo deja a usted en cinco mil duros con tal de que no se lo lleven los usureros.

D.ª SOLE. ¿Lo ves?

MARIA. Aquí está el número del teléfono para que le conteste usted.

D. VALE. Pues contesta que no.

D.ª SOLE. Contesta que sí.

MARIA. ¡En seguida! (*Marca en el teléfono.*) Precisamente a mí me gustan las contestaciones claras.

D.ª SOLE. Te advierto que yo no cedo. Quiero el hotel.

D. VALE. Y yo no dejo la tienda.

MARIA. (*Al teléfono.*) Oiga... ¿Es don Víctor? Aquí la tienda de don Valeriano Osa... ¿Que le diga lo que deciden?

D. VALE. ¡Que no!

D.ª SOLE. ¡Que sí!

MARIA. Pues que sí y que no.

D. VALE. ¡Deja!

D.ª SOLE. ¡Quita!

MARIA. (*Tapando el auricular con la mano.*) ¿Les hago caso a los dos y tampoco están ustedes conformes? (*Vuelve a escuchar.*) ¿Cómo? No, no es pitorreo. Puede ser que sí y puede ser que no. Don Vale no da más que cuatro mil duros. Ni un céntimo más... ¿Veintidós mil quinientas?

D.ª SOLE. Bueno.

D. VALE. Ni aun en eso.

MARIA. Tendría que entrar en ese precio la chocolatera.

D. VALE. ¿La chocolatera?

MARIA. La chocolatera esa en que viene usted a Madrid. Teniendo que atender a la tienda, no podemos estar pendientes del tren o del autobús, porque don Vale no deja la tienda... Sí, señor. Los dos están de acuerdo. En veintidós mil quinientas, hecho. Adiós. (*Cuelga.*)

D.ª SOLE. Muy bien, María.

D. VALE. (*Bonachón, sin enfadarse.*) Pero ¿qué has hecho, chica?

MARIA. Ponerles a ustedes de acuerdo por primera vez en la vida. Desde que he entrado aquí les estoy oyendo discutir lo del hotel. Pues ya se ha terminado. El día que me marche tendrán por lo menos ese buen recuerdo de mí.

D. VALE. ¿Marcharte?

D.ª SOLE. No, hija, ¿qué te has de marchar? Estoy viendo que eres insustituíble.

D. VALE. Bueno, transijo ya que María lo ha dicho, pero la tienda...

D.ª SOLE. Si te quieres quedar en ella, te quedas, pero solo. (*Mutis.*)

D. VALE. ¡Qué lista eres, hija mía! He comprendido tu intención. Quieres que nos quedemos aquí solos para que nadie nos estorbe.

MARIA. ¡Usted sí que se pasa de listo!

D. VALE. Me parece muy bien. Te pones al corriente del negocio y el día que yo falte, la tienda para ti.

MARIA. ¡Ca! No iba a tener más que un solo cliente. Mi madre.

D. VALE. Es verdad. Abusa de su secreto.

MARIA. Y del carácter de usted.

D. VALE. Tienes razón. Desde mañana te la dejo a ti.

MARIA. Pues no se lleva ni un paquete de sal. (*Viendo a la señora Quiteria, que entra, con su cesta correspondiente.*) ¡Arrea, ésta es otra!

D. VALE. A ti te la dejo también.

MARIA. Mire usted que ésta se queda sola.

D. VALE. Estando tú... Buenos días, señora Quiteria. (*Mutis.*)

QUITERIA. Buenos días... ¡Muy bien, hija mía! Esa fresca de la señá Pepa llevándose de to y tú sin acordarte de tu madre. (*Coge un bote de encima del mostrador y lo mete en la cesta.*) ¿A ti te parece bonito?

MARIA. Asalmonado, sí, señora.

QUITERIA. ¿Y tú sabes lo que hace? Pues se lo revende al señor Juan o lo rifa. Mira, el caballo de copas le acabo de comprar yo para un salchichón y una botella de vermuth.

MARIA. ¡Qué poca lacha!

QUITERIA. Si ella se lleva un salchichón, yo tengo derecho a llevarme dos. (*Coge un bote.*)

MARIA. Y un jamón.

QUITERIA. Has tenío una idea. (*Se guarda varios botes de tomate.*)

MARIA. Pero, madre, que se está usted cegando con el tomate.

QUITERIA. Pá el jamón. Ya sabes que es mi debilidá. Ponme una bolsa de judías, pero a ver si me las das mejores que las del sábado, que abusáis de que una no puè ir a otra parte.

MARIA. Mire usted, madre; la que está abusando es usted, y eso no lo consiento.

QUITERIA. ¿Me lo dices o me lo cuentas? De modo que la señá Pepa, que no es na tuyo, va a estar aquí mangando, y yo no voy a poder llevarme cuatro cosas? ¡Tendría que ver! (*Se guarda un par de latas de sardinas.*)

MARIA. La señá Pepa, para mi padre es mi madre.

QUITERIA. Y yo, pa tu madrastra soy una amiga del padre del amigo de tu padre, y te he criao, y te he educado, y me he sacrificao. ¿Es bueno este bacalao?

MARIA. ¡Pero, madre!

QUITERIA. Ya sabes que es mi debilidá... Yo no paso por prima. A mí se me dijo que ibas a hacer el papel de hija abandoná por mil pesetas.

MARIA. ¿Y qué culpa tengo yo si no quitan la obra del cartel?

QUITERIA. Tú me has resultao una viva que quie aprovechar la

ocasión pa manciparse. ¡A mí, no! (*Coge un bote.*) ¡A mí, no! (*Coge una botella.*) ¡A mí, no. (*Coge una libra de chocolate.*)

MARIA. No diga usted eso.

QUITERIA. Lo digo y lo repito.

MARIA. Bueno, pero sin accionar. (*La retira del alcance de la mano un bote que iba a coger.*) Que éstos son "petits pois". (*Como está escrito.*)

QUITERIA. Me alegro que me lo adviertas, porque yo no como porquerías.

MARIA. ¡Qué ignorante es usted! "Petits pois" son pequeños pollos.

D.ª SOLE. (*Saliendo.*) ¿Está usted por aquí?

QUITERIA. Por ver a la chica, que ya sabe usté el cariño que la tengo, y a comprar cuatro cosillas, que aunque la coja a una lejos, paece que tie la obligación de llevárselas de aquí.

D.ª SOLE. Es usted muy atenta. Muchas gracias.

QUITERIA. No hay de qué darlas.

D.ª SOLE. ¿La has despachado?

MARIA. (¡Se ha despachado ella!) Sí, sí. Ya lo lleva todo.

QUITERIA. No sé si se me olvida algo.

MARIA. Nada, nada más que la nuez moscada. No se le olvida a usted nada más. ¡Si lo sabré yo que tantas veces le he hecho la compra...!

QUITERIA. Le he dejado pagada una cuartilla de aceite pa que el chico haga el favor de llevarla cuando le coja de camino.

(*María, indignada, la amenaza con el cuchillo de partir.*)

D.ª SOLE. Ya se le enviará.

MARIA. ¿Le parto a usted la nuez? (*Acciona con el cuchillo.*)

QUITERIA. No. Déjamela entera.

D.ª SOLE. ¿Se muda el del sotabanco?

QUITERIA. No pueo con él, doña Sole. Es el primer inquilino que me quita a mí el sueño.

D.ª SOLE ¡Si pudiera ir yo por allí...!

QUITERIA. ¡Ni soñarlo! Se juega usté la vida. Acuérdese de aquella mañana, que si no es por la chica...

D.ª SOLE. Bien me acuerdo y bien se lo agradezco... ¿Y no se le ocurre a usted nada para que ese hombre se mude?

QUITERIA. Pues mire usté..., como sólo sale de noche, vamos a

probar a echar garbanzos por la escalera. Chica, dame medio kilo.

MARIA. ¿No podía usted hacer la prueba con bolitas del gua?

D.ª SOLE. No, no haga usted eso. Me parece demasiado. Ya pensaremos. ¿Ha dejado usted sola la portería?

QUITERIA. Sí, pero no hay cuidao. He quitao las bombillas. Vaya, hasta otro día. (*Mutis.*)

D.ª SOLE. Vaya usted con Dios.

MARIA. A Gorito le he cortado un poco la blusa. Ahora le está cosiendo el jaretón la criada. Debía usted comprarle un guardapolvo, que es lo que llevan los elegantes del ramo.

D.ª SOLE. No le compro nada; porque no transijo con que esté detrás del mostrador. Tú tienes que convencer a su padre.

MARIA. ¿Yo?

D.ª SOLE. Está visto que a ti no te niega nada.

MARIA. Lo que es eso...

D.ª SOLE. No quiero pensar si vienen don Ataúlfo y su niña y le encuentran así.

MARIA. Pues le encontrarán, porque ya sabe usted lo inoportunos que son.

D.ª SOLE. Ya, ya. Parece que los llaman con campanilla cuando menos falta hacen. Pero, mira, hoy, no viendo a Gorito detrás del mostrador, me alegraría que vinieran para que se enterasen de lo del hotel.

MARIA. Le iba usted a dar el vermouth a la niña, con lo que presume porque veranea en la Porqueriza. Se me ocurre una idea para que vengan. Voy a telefonear a las modistas que viven al lado dándoles una broma (*Busca en la guía de Teléfonos*) y verá usted cómo cuelan.

D.ª SOLE. A ver si ahora el papá y la niña no ponen reparos a Gorito.

MARIA. ¡Ah! ¿Pero usted quiere que Gorito y Angustitas...?

D.ª SOLE. Ya lo creo. ¿Qué mejor proporción? (*María cierra de golpe la guía.*) ¿Has encontrado el número?

MARIA. No. Desisto. Las bromas, pesadas o no darlas.

D.ª SOLE Como quieras. Voy a ver cómo lleva esa chica la comida, que ya han dado las dos. Corre las cortinas y pon el cartel. (*Mutis lateral.*)

(*María corre las cortinas de los escaparates, toma del "comptoir" un cartel que dice: "Cerrado de dos*

a cuatro" y lo coloca en la puerta de entrada, bajando después el estor.)

GORITO. (*Saliendo. Trae una blusa muy corta.*) Oye, me parece que te has excedido.

MARIA. ¡Atiza! Casi te ha quedado una guayabera. Yo te había cortado un tanto así, aunque sea mal señalado.

GORITO. ¡Y tan mal!

MARIA. Pero la chica me dijo que te la iba a dejar como la que lleva su novio.

GORITO. ¡Acabáramos! El novio de esa es carretero en Parla. Pero, bueno, lo mismo da; ¡para lo que la voy a llevar!

MARIA. Yo hablaré luego a tu padre...

GORITO. Me da lo mismo. Ahora más que nunca estoy decidido a dedicarme al teatro.

MARIA. ¿Y por qué ahora más que nunca?

GORITO. Por ti. Quiero ser primer actor para sacarte.

MARIA. A ver si soy yo la que te saca a ti.

GORITO. ¿Qué éxitos has tenido tú?

MARIA. ¡Pues menudo el que tuve en el Salón Luminoso con "Los dos Carrillos".

GORITO. Yo también tengo hecho ese drama. ¿Te acuerdas de la escena en que don Enrique encuentra a la mendiga y le declara su amor?

MARIA. ¡Anda, como que me llamaron en el mutis! (*Recitando.*) "¿Qué me decís don Enrique que no sé si estoy despierta o por el sueño embargada?"

GORITO. Verás con qué calor te digo yo, porque es verdad, porque me tienes mochales. (*Recitando con pasión.*) "Te quiero con locura, con pasión que ciega, con fuego que arrebata..."

MARIA. ¡Arrea!

GORITO. Oye, tú, que eso no está en el drama.

MARIA. Es una morcilla que suelo meter yo.

GORITO. (*Arrodillándose.*) No te intimide mi fastuoso traje, humilde zagalilla.

MARIA. ¿Cómo puedo creer a un Carrillo si aún me duele lo del otro?

GORITO. Puedes creerme. En mi pecho arde un volcán. Mi amor arrollará todos los obstáculos (*Sale Don Vale*) y si mi padre se opone, será inútil, pues si no en la vida nos uniremos en la muerte. Te amo, te amo...

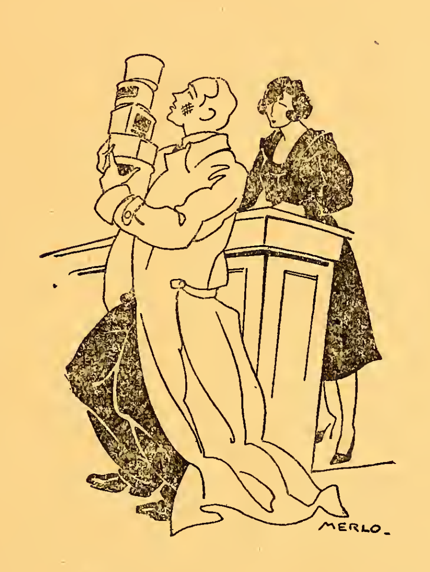
D. VALE. (*Horrorizado.*) ¡Calla, insensato! ¡Esta mujer es tu hermana!

(*Gorito, que estaba de rodillas, cae sentado derribando una gran torre de latas que habrá hacia el foro.*)

MARIA. ¡Ahora es cuando empieza la tragedia!

TELON RAPIDO

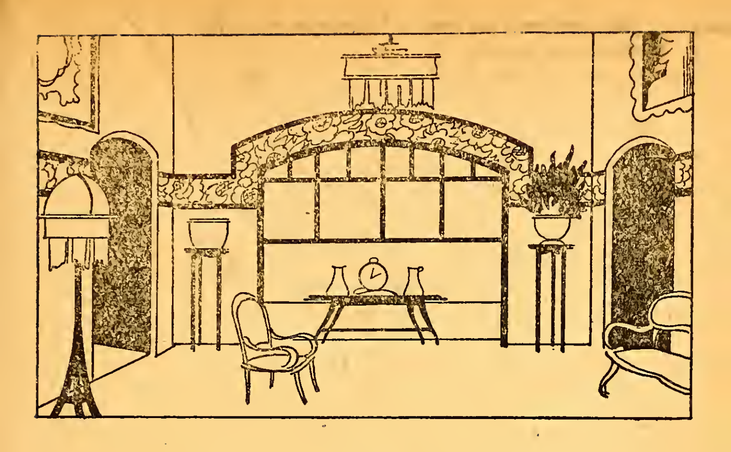
FIN DEL ACTO SEGUNDO



REPARTO

ACTO TERCERO

PERSONAJES	ACTORES
Gorito	Sr. Melgares.
María	Srta. Loreto Prado.
Quiteria	Sra. Infiesta.
Don Vale	Sr. Aguirre.
Doña Sole	Sra. Medero.
Angustitas	Srta. Ortiz.
Don Ataúlfo	Sr. Recober.



ACTO TERCERO

Hall en un hotel de la Sierra. Al foro ventanal que da sobre una terraza. Al fondo, jardín. Puertas laterales. Muebles antiguos. Un bargueño y sobre él varios objetos de valor. Una mesa en el centro. En las paredes dos o tres retratos al óleo de personajes de otras épocas y un repostero con escudo de armas. Luz del día.

(Aparece en escena GORITO. Se pasea estudiando. Lee un párrafo del libro que lleva en la mano, le cierra y simula repetirlo de memoria con monótono runruneo. Dentro se oye la voz de MARIA. Gorito interrumpe el estudio para mirar por el ventanal, hacia la izquieda. Suspira profundamente.)

MARIA. *(Dentro.)* ¡Pío, pío, pío! ¡Titas, titas, titas!... ¡Vamos, tú, Barba Azul, deja comer a las damas!... Don Vale, el medio kilo de cebada apenas me ha cundido esta tarde. *(Pausa.)* ¿Que la ha pesado usted mismo? Pues estas parroquianas, como cuentan los granos, protestan por lo que les ha sisado usted. *(Pausa.)* Voy a llevar el salvado a los pequeños.

(Gorito lanza un nuevo suspiro y sigue estudiando. Repite con voz monótona.)

GORITO.— "Los cuneiformes son tres, los cuneiformes son tres. Tiene forma de cuña...

(Entra QUITERIA por la derecha.)

QUITERIA. Buenas tardes. ¿Está doña Sole?

GORITO. *(Sin perder el hilo del párrafo que está recitando in-menti.)* "En la parte anterior de la segunda fila del tarso".

QUITERIA. *(Muy extrañada.)* ¿Dónde dice usted que está?

GORITO. Ahora saldrá. *(Vase por la izquierda repitiendo de memoria.)* "El escafoides es el más externo y grueso de la fila primera del carpo"...

QUITERIA. ¡Ah, ya!, que me ha dicho la chica que también es aficionao! Se estará estudiando algún drama.

D. VALE. *(Saliendo por la izquierda.)* Hola, señora Quiteria. ¿Usted por aquí?

QUITERIA. De tren a tren na más. Vengo a traer el dinero de la casa, pero antes quería hablar con usté.

D. VALE. *(Instintivamente se apoya en la mesa que hay en el centro, como si estuviera delante del mostrador.)* Usted dirá lo que desea.

QUITERIA. Le tengo que entregar a su señora el dinero de los recibos, y me falta lo de la Pepa.

D. VALE. Diga usted que no ha pagado.

QUITERIA. Eso dijimos el mes pasao, y ya sabe usté lo que contestó; que como tie el cuarto mu barato, que se la desahucie.

D. VALE. Mañana iré yo a Madrid, le daré el dinero y el domingo que viene lo trae usted, diciendo que ya ha pagado.

QUITERIA. El caso es que me tiene usté que dar también diez duros que esa me ha tomao de la recaudación.

D. VALE. ¡Viva la Pepa!... Es decir, que no viva, o que viva con más modestia, porque el lunes se me presentó en la estación y me sacó veinte duros, y el jueves volvió en un taxis, que me costó treinta pesetas, y tuve que darle todo lo que llevaba encima.

QUITERIA. Dice que to está mu malísimo, que con esto de la crisis económica no hay quien compre un décimo, y la ha reventao usté con dejar la tienda.

D. VALE. Bueno, bueno... Diga usted a mi señora que faltan diez duros, porque no ha pagado el del bajo, y ya ajustaremos cuentas. Pero esto de la Pepa no puede continuar así. Antes de transpasar la tienda era otra cosa. Yo disponía del dinero de la venta, y como Ma-

ría llevaba la caja... Pero ahora no puedo justificar estos gastos... ¡Porque hay qué ver lo que me está costando este tropezón de mi juventud!

QUITERIA. Pero ¿y la satisfacción de tener en casa a su hija?

D. VALE. Eso es verdad. Esta felicidad no se paga con nada. Por eso su madre abusa como abusa...

QUITERIA. Es que la quiere y la duele, ¿sabe usté? Como me duele a mí, que también la quiero. ¡Si viera usté lo que la echo de menos!...

D. VALE. Voy a ver si está por ahí mi señora y ajustan ustedes las cuentas, no sea que pierda usted el tren, que hasta la siete no hay otro. Aquí tiene usted a María. (*Sale MARIA por la izquierda.*) Adiós, y ya sabe usted. (*Mutis derecha.*)

MARIA. Ya la he visto a usted llegar.

QUITERIA. ¡Qué prisa te has dao en salir!

MARIA. Es que estaba entretenida con unos pollos.

QUITERIA. ¿De los de la colonia?

MARIA De los tomateros. A ver si cree usted que me ha dado por la coquetería. Soy la encargada del gallinero.

QUITERIA. Me das una noticia muy sustanciosa.

MARIA. Y le voy a dar a usted un recuerdo. Tenga estos cuatro huevos. Son del día, gordos como puños y con un gusto más rico...

QUITERIA. Hija, no los cacareas poco.

MARIA. Lo mismo que me los han cacareado a mí las gallinas..., y eso que aquí no los ponen con sello como en Madrid.

QUITERIA. Menos chungueo y a ver si en vez de esta miseria me das un poco más de pasta.

MARIA. Pero, ¿de donde quiere usted que saque yo el dinero?

QUITERIA. Se lo pides a tu padre. ¡Tu padre! Cada vez que lo digo me hace una gracia que me troncho.

MARIA. Pues a mí, ninguna. ¿No le remuerde la conciencia por lo que estamos haciendo?

QUITERIA. ¿Te remuerde a ti?

MARIA. Sí, señora.

QUITERIA. Pues mira, en tu mano está quitarte ese reconcomio. Di la verdad. Pero pa mí que no la vas a decir. Te has acostumbrao a la buena vida.

MARIA. ¿Usted cree que por eso no me he echao ya a los pies de este pobre hombre para decirle: Mi madre es una sinvergüenza, yo soy otra sinvergüenza y la señá Pe-

pa otra que vale por las dos? No. No lo he hecho porque me da lástima de don Vale, porque comprendo que el disgusto podía costarle la vida, y porque yo, aunque usted no lo crea, le he tomado cariño...

QUITERIA. To eso lo has leído en un folletín o te lo tenías aprendido pa un melodrama.

MARIA. Le juro a usted que es la verdad.

QUITERIA. Bueno, déjate de romantiquismos y a ver qué dinero tienes.

MARIA. Ninguno. Las siete pesetas del otro día ya sabe usted que me las había dado doña Sole para unas medias.

QUITERIA. Pero ¿tú te has figurao que yo voy a seguir así? ¿Tú te crees que tos los días voy a tomar el tren pa venir a pedir una limosna?

MARIA. Póngase usted en las escaleras del metro, que es más barato.

QUITERIA. ¡Arrastrá! ¡Mal educá! (*La golpea.*) Te voy a arrancar la lengua pa que aprendas a hablar bien.

MARIA. ¡Ay! ¡Déjeme usted!

D.ª SOLE. (*Por la izquierda, dentro aún.*) Pase usted por aquí, señora Quiteria. (*Sale y se fija en María.*) Pero, ¿es-estás llorando?

QUITERIA. En cuanto me ve. Siempre la pasa lo mismo. ¡Tié esta chica el corazón más sensible!... (*Mutis con doña Sole por la izquierda.*)

MARIA. (*Se sienta hacia el foro.*) ¡Lo que atiza en un minuto! El día en que creen las guardias de asalto la nombran sargenta... Me ha molido... (*Se seca las lágrimas.*)

GORITO. (*Sale estudiando, como al principio, y se detiene sin ser visto por María, contemplándola.*) (¡Cómo llora por mí la infeliz!... ¡Enamorado de mi propia hermana! Esto sucede en tiempo de los griegos y se escribe una tragedia.)

MARIA. (*Repuesta, se levanta y ve a Gorito.*) ¡Ah! ¿Qué haces ahí, Gorito?

GORITO. Con la Anatomía. Tratando de meterme en la cabeza los huesos de los pies.

MARIA. ¡Menudo trabajo! Eso es para un circo.

GORITO. Te ruego que no bromees, Maruja. Te ruego también que no me mires así. Te ruego, por último, que cuando vayas al gallinero te pongas otra falda para inclinarte a dar de comer a los pollitos.

MARIA. Oye, pero ¿a qué viene todo eso? ¿Es que aspiras al premio a la virtud?

GORITO. ¡Maruja, Maruja!, ¿puedes tomar a broma nuestro drama?

MARIA. ¿Qué drama?... ¡Ah! ¡No! ¡Sí!... ¡Horrible!... ¡Horrible, Gorito, horrible!... ¡Hermanos y enamorados! ¡Oh!

GORITO. ¡Qué miserables son nuestros sentimientos! ¿Tú sabes desde cuándo estoy enamorado de ti? Desde aquella mañana en que padre, engañado por lo que recitábamos, descubrió que éramos hermanos. Desde entonces, desde que sé que eres un imposible para mí, constituyes mi obsesión.

MARIA. ¿De veras? ¿De modo que antes?...

GORITO. Me gustabas, me eras simpática, me agradó la idea de formar compañía contigo y por eso casi me declaré... ¡Ah, qué despreciable es el hombre!

MARIA. ¡Un asquito!

GORITO. Pero, ¿y tú? ¿Y tú, que no estabas en la ignorancia, como yo, y tú, que sabiendo que éramos hermanos te dejabas querer y me alentabas con tus coqueterías?... ¡Qué despreciable es también la mujer!

MARIA. ¡Yo qué te iba a alentar! Ilusiones tuyas. ¡Vaya un modo de presumir! ¡A mí no me gustabas tú!

GORITO. ¿No? ¿Te parecía feo?

MARIA. Ni feo ni bonito. Como te miraba como hermano, nunca me fijé en cómo eras.

GORITO. ¡Ah!... Pero, no. Es imposible... Me dices eso para consolarme; para que no vea que sufres lo mismo que yo.

MARIA. Que no, hombre, que no. Que se te quite eso de la cabeza. No eres mi tipo. Aunque no fueras hermano mío, no me gustarías. Estoy por los buenos mozos.

GORITO. ¡Ay, qué desengaños!

MARIA. Pero, oye, oye, ¿en qué quedamos? ¿Te olvidas del drama?

GORITO. No, no. Tienes razón. Me alegro de que no estés enamorada de mí, pero me duele que no lo estés... ¡Qué horrible mezcla de sentimientos!... Tengo que curarme de esta tortura. Volveré al cabaret, ahogaré mis penas en alcohol, recurriré a la cocaína...

MARIA. ¡Te veo cantando un tango argentino! ¿No habíamos

quedado en que estudiarías y en que por mí volverías a ser un muchacho formalito?

GORITO. ¿Y qué hago desde que estamos aquí, sino comerme los libros para aprobar en septiembre?

MARIA. ¿Y no haces nada más? ¿No te juergueas cada vez que vas a Madrid? ¿No has vuelto a las andadas?

GORITO. ¿Yo?... ¡Ah, ya!... Ya sé por dónde vas. Me ofendes, Maruja, me ofendes... Mira que suponer que yo...

MARIA. Gorito, yo no supongo nada; pero entre hermanos debe haber confianza. A mí estos robos misteriosos en el hotel me traen de cabeza.

GORITO. Y a mi también. Pero te juro, Maruja, que soy completamente ajeno y estoy tan desorientado como tú.

MARIA. Un día que desaparecen seis cubiertos...

GORITO. Otro el reloj de oro de padre...

MARIA. Una noche, casi en nuestras narices, se llevan el bolso de doña Sole...

GORITO. Debe ser una banda de ladrones de hoteles. Ya has oído que el año pasado robaban en todos los de la colonia.

MARIA. Pero este verano no han robado más que en el nuestro. Y es mucha casualidad que los robos empezaran a la noche siguiente de contárnoslo.

GORITO. Te advierto que a mí estas cosas policíacas me entusiasman. No te he dicho nada, pero llevo varios días investigando.

MARIA. ¿Y has descubierto algo?

GORITO. No, pero lo descubriré.

MARIA. ¿Cómo?

GORITO. Me reservo el truco. Es una cosa entre Rambal y Connan Doyle.

MARIA. No hagas nada y déjalo.

GORITO. Ca. Es cuestión de amor propio, y desde que te has permitido dudar de mí...

MARIA. Anda y sigue estudiando.

GORITO. (*Pasando páginas del libro.*) No sé dónde había quedado.

MARIA. Te habías quedado en los huesos.

GORITO. (*Suspirando.*) ¡Ay, no lo digas en broma! Esta pasión de ánimo me está consumiendo.

D.ª SOLE. (*Saliendo.*) Te estoy llamando, María.

MARIA. No la he oído a usted.

D.ª SOLE. Ahí están Angustitas y don Ataúlfo. ¿No habéis sentido el coche? Ven ayudarme a preparar el té. (*A Gorito.*) Tú, baja a saludarlos.

GORITO. ¿Los ha dejado usted solos?

D.ª SOLE. Está tu padre enseñándoles la casa. (*Mutis izquierda.*)

GORITO. Voy a arreglarme un poco, que como este don Ataúlfo es tan puesto...

MARIA. Y la niña tan apuesta...

GORITO. No seas maliciosa, María... (*Mutis derecha.*)

(*A través del ventanal del foro se ve pasar a DON ATAULFO, ANGUSTITAS y DON VALE, y en seguida entran en escena. Don Ataúlfo es un señor muy retocado y presuntuoso. Angustitas, una niña bien, moderna y desenvuelta.*)

D. ATAULFO. Magnífico, amigo Vale. Tiene usted un hotel magnífico. El marqués, lejano pariente mío, por cierto, tuvo buen tino al acoplar lo señorial a lo moderno.

ANGUSTIAS. ¿Y le han adquirido ustedes amueblado?

D. VALE. Tal como está.

D. ATAULFO. ¿No se ha reservado el marqués ningún recuerdo o objeto personal?

D. VALE. Unos libros y unas ropas que Víctor, el antiguo mayordomo, le enviará a París. Lo demás, todo es nuestro legítimamente.

D. ATAULFO. (*Examinando los cuadros.*) ¿Estos serán antepasados del marqués?

D. VALE. No, señor. Míos, legítimamente míos.

D. ATAULFO. (*Conteniendo y disimulando la risa.*) ¿Qué te parece, Angustias?

ANGUSTIAS. Es posible que el marqués no se atreva a asegurar lo mismo.

D. ATAULFO. ¡Bonito repostero!

ANGUSTIAS. Los retratos son estupendos.

D. VALE. Pues todo ha entrado en los veinte mil duros, que es, entre unas cosas y otras, lo que viene a costar el hotel.

D. ATAULFO. Una ganga. No todos tienen la suerte de comprar unos antepasados por tan poco dinero.

ANGUSTIAS. Papá, no embromes a don Vale.

D. VALE. Ya sabe él que tiene confianza para hacerlo. Yo soy de muy buena pasta.

D. ATAULFO. ¡Y de mucha pasta! Vaya, vaya con el señor de la

Osa, por dónde nos ha salido con lo pequeñito que se hacía.

D. VALE. Yo, por mi gusto, me hubiera quedado en la tienda, pero mi mujer...

D. ATAULFO. Es justo que disfruten ustedes de lo que han ganado con su trabajo. El trabajo es la nobleza del siglo, como la guerra lo fué en tiempos de mis ilustres ascendientes. No somos nosotros de los orgullosos. ¿Verdad, Angustitas? Yo no quiero para mi hija un aristócrata, sino un muchacho de porvenir, aunque sea de origen humilde.

D. VALE. Ahora verán ustedes el comedor y las habitaciones de arriba.

D. ATAULFO. Apostaría a que el amigo Vale no se deja ahorcar por sesenta mil duros... ¿Me equivoco?

D. VALE. No, señor. Ni por sesenta millones.

MARIA. (*Que entra.*) Muy buenas tardes.

D. ATAULFO. Caramba, la simpática cajerita.

MARIA. Si quieren ustedes tomar el té, doña Sole les espera en el cenador.

D. VALE. Pues vamos, y luego les acabaré de enseñar la casa.

ANGUSTIAS. ¿No viene usted?

MARIA. Ahora. Tengo que arreglar aquí unas cosas.

D. ATAULFO. Siempre tan activa.

D. VALE. Yo no sé las vueltas que da al cabo del día.

MARIA. Por no perder la costumbre. ¡Como he sido cajera!

D. ATAULFO. (*Haciendo mutis con don Valeriano y Angustitas.*) Muy salada, muy salada esta chica.

MARIA. Si se marchasen pronto, aún podríamos ir... (*Al lateral.*) ¡Teresa!

TERESA. (*Doncella.*) ¿Qué manda usted?

MARIA. Sirva usted el té a esos señores, que yo no quiero bajar...

TERESA. Ha dicho la señora que lo servirá ella misma, que es lo elegante.

MARIA. Está bien. (*Mutis Teresa.*) Pues en cuanto se marchen... Voy a ver la hora que es, aunque este reloj siempre anda mal. (*Se dirige al bargueño.*) ¡Arrea!... ¡Anda mal, pero ha volado!... ¿Habrá sido mi madre? ¿Por eso se ha marchado sin despedirse?... No... No ha vuelto a entrar aquí. Pero, ¿quién puede ser? Porque yo no creo en brujas...

GORITO. (*Saliendo.*) Oye, Maruja... Pero, ¿qué buscas?

MARIA. El reloj, por si le habían cambiado de sitio, pero, ¡ ca !, si se le han llevado.

GORITO. Es lástima, porque tenía mérito; pero no te preocupes. Pronto caerá en la ratonera este Raffles serrano. ¡Menudo cebo le he puesto en mi cuarto, y con la ventana abierta! Oye, venía a decirte una cosa de hermano a hermano. ¿Tú crees que un nuevo amor me curaría?

MARIA. Siempre se ha dicho que la mancha de una mora... Pero te advierto que las tanguistas más que moras son zarzamoras, por lo que se enredan.

GORITO. No se trata de tanguistas. ¿Cómo quieres que vaya a un cabaret con lo triste que estoy?... ¿A ti que te parece Angustitas?

MARIA. ¿A mí? ¿Para qué?

GORITO. Para olvidarte.

MARIA. ¿Para olvidarme? ¡Me parece que te vas a acordar de mí!

GORITO. Mujer, yo he venido a consultarte como hermano. ¿No eres para mí un imposible? ¿No sufrimos los dos al recordar la situación en que nos encontramos? Pues si yo me echo una novia, puede que me distraiga.

MARIA. ¡Para que se fíe una de las pasiones de los hombres!

GORITO. Mujer, si tú y yo...

MARIA. Bueno, ¿a ti te gusta esa niña?

GORITO. Como flirt es de mucho postín. Está en todas partes, fuma unos abdulla que atontan, baila prodigiosamente, te explica todas las películas inglesas y te deja la butaca en la taquilla y me va a enseñar a conducir.

MARIA. ¡Qué poca cosa te hubiera parecido yo si no llego a resultar tu hermana!

GORITO. A ti te quería de otro modo, para novia formal, y a ésta para novia de vanguardia.

MARIA. Mira, me parece menos peligroso que vuelvas al cabaret. A lo mejor, con esta niña tan de vanguardia, aprendiendo a conducir, vuelcas y paráis en la vicaría.

GORITO. Es que además mi madre me acaba de decir: O te declaras a Angustitas o me declaro yo..., y si se declara mi madre, me veo casado, pues ya sabes que su ilusión es emparentar con don Ataúlfo.

MARIA. Pues, nada, nada. Declárate.

GORITO. Bueno, ¿me quieres ayudar?

MARIA. ¿Ayudarte a qué?

GORITO. A declararme.

MARIA. ¿Que te ayude yo?... Este quiere que yo sea una especie de Guzmán el Bueno.

GORITO. Tú puedes tantear el terreno, porque, la verdad, como Angustitas y don Ataúlfo tienen tantas pretensiones y me vieron con la blusa...

MARIA. Tantas pretensiones y ya sabes cómo se hacían los locos para pagar las cuentas... Estos son de los del quiero y no puedo, y lo que buscan es un primo con dinero que les saque de apuros.

GORITO. Temo que me tome el pelo. ¡Ahora mismo daban unas carcajadas por una plancha de mi madre!...

MARIA. ¿Qué ha pasado?

GORITO. Pues que don Ataúlfo, que comentaba lo bien adornado que está el hotel, le dijo: Tienen ustedes un repostero estupendo, refiriéndose a ése (*Señala*), y mi madre, como se lo decía comiéndose un pastel, le contestó: Tournié. Nosotros todo lo gastamos de Tournié.

MARIA. ¿Quieres que me declare por ti?

GORITO. Mujer, tanto como eso...

MARIA. Nada, Gorito, me declaro. Las hermanas son para las ocasiones.

GORITO. Nunca sabré cómo pagarte...

MARIA. Ya te pasaré la cuenta. (*Mutis Gorito.*) Si esta chica le conviniera, yo era capaz de sacrificarme; pero yo creo que no le conviene.

ANGUSTIAS. (*Entrando.*) ¿Me llama usted?

MARIA. Sí, pase, pase. Tengo un encargo para usted.

ANGUSTIAS. ¿De quién?

MARIA. De un pollo que quiere declararse.

ANGUSTIAS. ¿Y tan tímido es ese chico que no se atreve a declararse él?

MARIA. ¡Qué va a ser tímido, sobre todo ahora que sabe que el hombre tiene los mismos derechos que la mujer!

ANGUSTIAS. Pues entonces...

MARIA. ¿No sabe usted que eso de declararse ha pasado de moda?

ANGUSTIAS. Como que era muy cursi; pero se empieza con un flirt.

MARIA. Anticuado también. Me extraña que usted que es tan moderna no lo sepa.

ANGUSTIAS. Confieso que no.

MARIA. La moda es que se declaren las secretarias.

ANGUSTIAS. ¡Tiene gracia! ¿Y quién ha implantado esa moda?

MARIA. Mauricio Chevalier.

ANGUSTIAS. No me había enterado.

MARIA. Cosas de los norteamericanos, ¿sabe usted? Como los negocios les llevan todo el tiempo, encargan del amor a las secretarias.

ANGUSTIAS. Bueno, pues me someto, y si el sistema me resulta, este verano le haré la reclame en Sicilia-Molinero. Puede usted empezar.

MARIA. Para que la declaración tenga más efecto, hablaré como si fuera mi representado.

ANGUSTIAS. (*Divertida.*) Muy bien, Gorito.

MARIA. ¿Ha adivinado usted que se trata de Gorito?

ANGUSTIAS. Claro, porque supongo que no será usted la secretaria de Harold.

MARIA. Empiezo... (*Carraspea y adopta una actitud varonil, imitando a Gorito.*) Chica, hoy vienes bestial. Me gustas una burrada.

ANGUSTIAS. A mí tampoco me pareces tú mal; pero necesito saber qué plan tienes.

MARIA. Un plan cañón. Pienso dejar la carrera.

ANGUSTIAS. Eso me gusta. Los médicos, como no se dediquen a la política, son una vulgaridad.

MARIA. Pero no te creas que nos vamos a dedicar al turismo. Dejo la carrera para encargarme de la tienda de mi padre, porque lo del traspaso no cuaja.

ANGUSTIAS. ¿Yo entre bacalao, salchichones y chorizos?

MARIA. ¿Quieres algo más sustancioso, rica? Es lógico que un tendero tenga una esposa jamón.

ANGUSTIAS. Supongo que me lo dices en broma..., pero, bueno, si yo transijo, no pretenderá Gorito que yo, con mi educación, vaya a vivir como ustedes vivían...

MARIA. Eso va en gustos. A mí aquel olor a comestibles me alimentaba... Pero sigo la declaración. Si tú quieres, Pochola, podemos tomar un piso en la misma casa o por allí cerca.

ANGUSTIAS. No me gusta mucho, pero eso ya es otra cosa.

MARIA. Claro que sin montarnos muy por lo alto, porque te voy a poner otra condición.

ANGUSTIAS. ¿Otra?

MARIA. Sí. Yo soy muy delicado en cuestión de intereses y no quiero que una vez casados me puedas echar en cara tu dinero.

ANGUSTIAS. Muy bien, Gorito. Ese rasgo te honra.

MARIA. Yo soy así, desinteresado. La tienda viene a dar unos seis mil duros limpios. Tu papá te dará sólo otro tanto.

ANGUSTIAS. ¿Que yo lleve lo mismo que tú?

MARIA. Ni un céntimo más. Yo soy muy delicado... Si verdaderamente me quieres no pretenderás humillarme con tu dinero; pero como tampoco quiero sacrificarte obligándote a que sólo vivas con el mío...

ANGUSTIAS. ¿De veras?... Gorito se ha olvidado en ese cálculo tan de tendero que yo desciendo de nobles, que tengo pergaminos...

MARIA. Eso no sirve para envolver.

ANGUSTIAS. Bueno, basta. ¿Esto es en serio?

MARIA. Y tan en serio. Gorito, como quería decirle a usted estas cosas muy claras, me ha encargado a mí... Así es que tú dirás, chica: ¿te resulta el plan?

ANGUSTIAS. (*Rabiosa.*) ¡Escucha! ¿Tú crees que me han criado a mí con el esmero que me han criado para ir a parar a una tienda de comestibles?

MARIA. ¡Anda, pues así que no crío yo con mimo los pollitos y sé que van a ir a parar a la cazuela!

ANGUSTIAS. ¡Hemos terminado! (*Mutis, muy enojada.*)

MARIA. Sí, hija, hemos terminado... Y gracias a que no hemos empezado... La verdad es que si yo fuera hombre y tuviera que casarme con una niña de estas... (*Entra QUITERIA.*) ¿Usted otra vez aquí?

QUITERIA. He perdío el tren.

MARIA. Lo que ha perdido usted es la verguenza, madre.

QUITERIA. (*Agresiva.*) ¿Qué has dicho? ¡Repítelo!

MARIA. Lo digo y lo voy a repetir a voces para que lo oigan todos. Ahora es cuando va de veras. Prefiero decir la verdad a que este saqueo continúe. ¿Qué es lo que lleva usted ahí debajo?

QUITERIA. ¿Yo? ¡Na! ¡A ver qué te has figurao tú!

MARIA. No necesito verlo, ¡lo oigo! Es lástima que no sea despertador para que resultara un golpe de teatro. ¡Deje usted eso ahí! (*Le quita el reloj y le deja sobre el bargueño.*)

QUITERIA. ¡Que yo no lo he cogido! Me lo ha dao don Vale.

MARIA. ¿Que se le ha dado a usted don Vale?

QUITERIA. Sí, cuando volví para decirle que en la estación estaba la Pepa.

MARIA. ¿Que está ahí?...

QUITERIA. Me la encontré cuando me iba, y por eso me he quedao. Don Vale me dió el reloj pa que lo empeñase... Pero la Pepa trae la poderosa. Ya sabes tú cómo se pone cuando agarra la trúpita. Dice que si no la da veinte duros viene a dar el mitin.

MARIA. ¡Qué sinvergüenza!

QUITERIA. Y esa viene; la conozco muy bien.

MARIA. Vaya usted, conténgala.

QUITERIA. Yo no me voy sin hablar con don Vale. (*Mirando por el ventanal.*) Por allí anda.

MARIA. Que no la vean a usted.

QUITERIA. Y eso que me has dicho de la vergüenza...

MARIA. Eso lo vamos a ver muy pronto. (*Vase Quiteria por la derecha. María se asoma por la izquierda y habla hacia adentro.*) ¡Teresa!... ¿Se han marchado ya esos señores?... Bueno. (*Pasa a la derecha y dice por el ventanal.*) ¡Doña Sole!... Haga usted el favor...

D.ª SOLE. (*Entrando.*) ¿Qué quieres? ¿Por qué no has salido? Don Ataúlfo me ha preguntado por ti... Pero, ¿qué tienes? Estás descompuesta.

MARIA. Doña Sole, necesito que usted me oiga, y que me crea, y que me ayude a reparar una infamia.

D.ª SOLE. Cálmate, mujer. Ven al jardín. Cuando te serenes, hablaremos.

MARIA. No. Tiene que ser ahora, ahora mismo.

D.ª SOLE. (*Se sienta.*) Bueno, pero tranquilízate. Vamos a ver qué te pasa. ¡Pobre Maruja!

MARIA. ¡Pobre Maruja!... ¿Se asombraría usted mucho si le dijesen que esta pobre Maruja es una sinvergüenza?

D.ª SOLE. No.

MARIA. (*Muy extrañada.*) ¿Cómo? ¿No le pilla a usted de sorpresa saber que soy una sinvergüenza?... Bueno, es que no lo cree usted.

D.ª SOLE. Claro que no, mujer, claro que no.

MARIA. Pues soy una sinvergüenza, palabra de honor.

D.ª SOLE. Vamos, habla, di todo lo que tengas que decirme.

MARIA. No me atrevo... ¡Es tan gordo!... Se va usted a quedar cuando lo sepa!...

D.ª SOLE. Quiero que me lo digas.

MARIA. Pues, ¡ea!, de una vez... ¿Sabe usted por qué estoy en esta casa? (*Duda.*) ¡Porque don Vale cree que soy hija suya! (*Se retira instintivamente esperando la indignación de doña Sole, pero ésta se limita a mirarla y se enjuga una lágrima rápidamente.*) ¿No me ha entendido usted? ¿O es que le parece tan gordo que no lo cree?

D.ª SOLE. Sigue, hija, sigue.

MARIA. Me presté a engañar al pobre don Vale, pero luego les fuí tomando a ustedes cariño; pero antes de que sigan robándoles... Yo le contaré a usted todo lo que ha pasado.

D.ª SOLE. No te molestes. Estoy enterada de todo lo que ha ocurrido.

MARIA. ¡Ah! ¿Sí?... ¿Y por qué no me lo ha dicho usted?... ¿Por qué ha consentido?...

D.ª SOLE. Porque necesitaba que me lo confesases tú. (*Acariciándola.*) ¿Me comprendes?

MARIA. ¿Tan buena es usted? Y yo que creía...

D.ª SOLE. Todos tenemos en el corazón un rinconcito de bondad que desconocemos. Hace falta que venga alguien a descubrirle.

MARIA. ¿De modo que lo sabía usted todo?... Pero ¿todo?

D.ª SOLE. Sí, mujer.

MARIA. ¿Y don Vale?

D.ª SOLE. Ese no sabe nada... Aquel modo de acogerte aquella mañana me pareció muy extraño. Hice averiguaciones. Un vecino me enteró de todo. Luego no tuve más que observar. Mi indignación hacia ti se convirtió pronto en compasión, luego en cariño, más tarde en gratitud. Sin tú proponértelo, ¡has hecho tanto bueno en esta casa! Pero, dime, ¿por qué se te ha ocurrido hoy, ahora, confesarme la verdad?

MARIA. Porque estoy indignada; porque entre la que pasa por mi madre sin ser mi madre y la que parece mi madre y es cualquier cosa, están saqueando al pobre don Vale, robándole del modo más inicuo, y yo no lo consiento más.

D.ª SOLE. Ahora te digo yo a ti: ¿tan buena eres?

MARIA. Será por ese rinconcito que dice usted que todos tenemos.

D.ª SOLE. Tú ya lo habías descubierto antes, no atreviéndote á decir a Vale que no eras su hija.

MARIA. Pero ahora ya no dudo en decírselo. Me perdonará, como usted.

D.ª SOLE. ¡No! No le digas la verdad. Es así muy feliz. ¿Qué derecho tenemos a destruir su dicha por restablecer una verdad que no le importa a nadie? Quiérele a él como al padre que no has conocido, y a mi como a la madre que merecías tener.

MARIA. (*Abrazándose a ella.*) ¡Madre!... Doña Sole...

D.ª SOLE. Madre. El grito te ha salido del alma.

GORITO. (*Fuera.*) ¡Maruja!

MARIA. ¡Ay!... No puede ser, doña Sole. No puede ser.

D.ª SOLE. ¿El qué no puede ser?

MARIA. Que yo me calle, que Gorito siga creyendo que soy su hermana.

D.ª SOLE. ¡Cómo! ¿Pero Gorito lo sabe?

MARIA. Sí. Don Vale, un día en la tienda, creyendo que me hacía el amor, ¡y sí que me lo hacía!, lo tomó en trágico y dijo: ¡Es tu hermana!... Y el pobre se consume, figurándose que está enamorado de un imposible.

D.ª SOLE. ¿Y tú?...

MARIA. Yo... yo... ¡Me consumo también, doña Sole, para qué la voy a engañar!

D.ª SOLE. Te confieso que esto me sorprende...

MARIA. No iba usted a ser tan lista que lo adivinara todo.

D.ª SOLE. Yo quería que Gorito...

MARIA. Se declarase a Angustitas...

D.ª SOLE. Sí...

MARIA. Y si no se declaraba él, se iba a declarar usted...

D.ª SOLE. Eso es.

MARIA. Pues me he declarado yo.

D.ª SOLE. ¿Tú?

MARIA. Yo. Hace un momento.

D.ª SOLE. Pero, chica, ¿eres el demonio?

GORITO. (*Entrando.*) ¿No me oías?

MARIA. Sí, hombre, sí. Llegas a tiempo. Le decía a tu madre que me he declarado por ti a Angustitas.

GORITO. ¿Le has dicho?... Cosas de ella, ¿sabe usted? Le dije que la preparara, que explorase...

MARIA. Favor de hermano a hermano. (*Asombro de Gorito, que tira del vestido a María creyendo que comete*

una indiscreción.) Yo, como le veía sufrir, me declaré por él.

D.ª SOLE. ¿Y qué?

MARIA. ¡Ay, hermanito de mi alma, qué mal hemos quedado!

GORITO. Pero, María, ¿qué es lo que dices? *(Vuelve a tirarla del vestido.)*

MARIA. Pues que puedes ir a la piscina del Madrid sin ningún miedo. Por falta de calabazas no te vas a ahogar.

D.ª SOLE. ¡No es posible!

GORITO. ¡Ni Angustitas!... ¡Ay!

D.ª SOLE. Angustitas era una gran proporción...

MARIA. Una gran desproporción. Quiere que ustedes pongan todo el dinero y ella su educación para gastarlo.

GORITO. Bueno, pero explícate...

MARIA. Tu madre te lo explicará, si quiere. *(A doña Sole.)* Yo voy a ver si llego á tiempo de parar un sablazo; porque esa es otra cosa por la que no puede ser... Ahora, si usted quiere que me sacrifique, me sacrifico. En el rinconcito de aquí *(Por el corazón)*, cabe eso y mucho más... Antes se lo decía a éste. Estoy dispuesta a imitar a Guzmán el Bueno. *(Mutis.)*

D.ª SOLE. No, hija, no.

GORITO. Pero, ¿qué es esto? ¿Qué le ha dicho a usted María?

D.ª SOLE. Que estáis enamorados, que sufrís...

GORITO. ¡Ay, cuánto me alegra que usted lo sepa! Ahora podré llorar sin esconderme. Usted me consolará.

D.ª SOLE. Sí, hijo, sí. ¡Y tanto! ¿Tú la quieres? ¿Por ella has vuelto al buen camino, estudias y eres formal? Pues no sufras. Puedes quererla, porque no es tu hermana.

GORITO. *(Después de una corta pausa.)* ¡Ah, no!... Como usted no es mi madre, no tiene valor ninguno esa confesión. *(Mutis.)*

D.ª SOLE. *(Después de un momento de perplejidad.)* ¡Claro!... Esa es la verdad... *(Riendo.)* ¡Pero qué se habrá creído este muchacho!... Aquello del cuento...

(Se oyen dentro unos tiros. Vuelve a entrar Gorito. Viene también corriendo María.)

D.ª SOLE. ¿Qué es eso?

MARIA. Ha sido en el cuarto de Gorito.

D.ª SOLE. ¡Ay! ¿Se habrá suicidado?

GORITO. *(Que entra.)* ¡Quietos todos! ¡Ya le he cazado!

MARIA. ¿A quién?

GORITO. ¡Al ladrón!

MARIA. ¿Qué has hecho, qué has hecho, Gorito?

GORITO. Poner un contacto eléctrico con unos duros sobre mi mesa, de forma que al tocarlos se cerrara un circuito corriendo el pestillo de la puerta y disparando unas pistolas...

MARIA. ¡Ay!

GORITO. Cargadas con pólvora sola.

MARIA. ¡Ah!

GORITO. Soy un hacha para esto de los trucos eléctricos. Voy a sacar al ratón de la ratonera.

D.ª SOLE. ¡Quieto! Yo iré. (*Mutis lateral.*)

GORITO. (*Queriendo detenerla.*) ¡No! Que la puede acometer a usted. Hay que avisar a la guardia civil...

MARIA. (*Sujetándole.*) ¡No metas más la pata, Gorito!

GORITO. ¡Ah! Pero ¿sabéis quién es?... ¡Lo adivino! Por eso me confesó que no éramos hermanos... ¡Es su amante!

MARIA. ¡Gorito, que no te va el melodrama policíaco!

(*Entra por la izquierda DON VALE, descompuesto, temblando, sin poder apenas hablar.*)

D. VALE. Pero ¿qué es esto? ¿Quién me ha ti... tiroteado?

GORITO. ¡Horror! ¡Era mi padre!

D. VALE. ¿Qué dice éste?

GORITO. ¡Yo que había preparado la trampa!

D. VALE. ¡Ah! Pero ¿has sido tú? ¡Ahora verás! (*Va a acometerle. Gorito huye y don Vale le persigue.*)

D.ª SOLE. Déjale, Vale, déjale. El, como yo, tenía empeño en descubrir al... al que nos traía de cabeza. (*A Gorito y María.*) Dejadnos solos. (*Ellos inician el mutis.*)

D. VALE. No. Que no se marchen. Quiero decirte una cosa que saben ellos... No puedo engañarte más tiempo... Sole... María es hija mía...

GORITO. ¡Somos hermanos¡

MARIA. ¿Te quieres callar? ¡No das una!

D.ª SOLE. No quería quitarte esa ilusión, Vale, pero es imposible. Estás siendo víctima de un miserable engaño. María no es hija tuya.

D. VALE. ¿Que no eres mi hija?

MARIA. No, don Vale... Y créame usted que lo siento mucho.

D. VALE. ¿Luego tu madre?

MARIA. No es mi madre.

D.ª SOLE. Es una vividora que te estaba explotando.

D. VALE. Pero ¿es posible? ¿Estás segura?... Tú, María... (*Se le saltan casi las lágrimas.*) Tú sabías...

MARIA. Perdóneme usted, don Vale...

GORITO. Por favor, que me vuelvo loco. ¿De quién es hija María?

D.ª SOLE. De la señora Quiteria.

MARIA. ¡Ni aun eso!

D.ª SOLE. Bueno, del difunto marido de la señora Quiteria.

MARIA. ¡Tampoco!

GORITO. ¡Hay para perder la cabeza! ¿De quién eres hija?

MARIA. Según dicen, soy hija de la primera mujer del marido de la señora Quiteria. Soy una hija que se han ido traspasando unos a otros como un mueble que se hereda, sin haber conocido nunca el cariño de unos padres, hasta ahora, que les he encontrado a ustedes, que tampoco lo son. Pero no nos pongamos tristes, que no merece la pena.

GORITO. ¡Ay, gracias a Dios que sé que no somos hermanos!

D.ª SOLE. Sí, somos tus padres, María. Lo somos. Abrázala, Vale. Es la hija por que suspirabas.

GORITO. ¿En qué quedamos?

MARIA. No, no. Déjeme usted. Debo marcharme.

D. VALE. (*Abrazando a María.*) No, no te marcharás... Pero, ¿por qué me has engañado?

D.ª SOLE. Por no causarte el dolor que ahora estás sufriendo. Yo que lo sabía, también quería engañarte..., dejándome engañar.

D. VALE. ¿Y Gorito y tú?...

MARIA. Nos queremos...; si no hubiera sido por eso, puede que no supieran ustedes nada; pero, como dicen en "Doña Francisquita", por el humo se sabe dónde está el fuego...

D. VALE. Pues os casaréis, y así serás de veras mi hija. Pero... (*Mira con recelo a doña Sole.*) Me están esperando en la estación.

MARIA. ¿Que le esperan a usted? ¡Ahora es cuando voy yo! ¡Tenía unas ganas de decirles todo lo sinvergüenzas que son!... Hasta la noche, porque creo que no acabaré antes.

D.ª SOLE. Pero oye...

D. VALE. Déjala, porque si voy yo...

MARIA. Si viene usted se acaba el mundo. (*Telón rápido.*)

FIN DE LA COMEDIA

TEATRO ESCOGIDO

CARLOS ARNICHES

Tomo Primero

La chica del gato.

El señor Adrián, el primo, o qué malo es ser bueno.

Las estrellas.

PRÓLOGO DE JOSE CARNER

Tomo Segundo

Es mi hombre

La señorita de Trevelez.

Los milagros del jornal.

PRÓLOGO DE RAMON PEREZ DE AYALA.

EDITORIAL ESTAMPA
Paseo de S. Vicente, 18
MADRID



está a la venta en la

LIBRERIA Y EDI-
TORIAL MADRID

ARENAL, 9. - MADRID

Donde puede usted suscribirse, adquirir el número de la semana y los números atrasados que le falten para
:-: completar su colección :-:

RIVADENEYRA (S. A.).—MADRID